

Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XX

San José, Costa Rica

1930

Sábado 17 de Mayo

Núm. 19

Año XI. No. 491

SUMARIO

Descartes: el matemático y el filósofo
La opinión iberoamericana
Toledo
Una epidemia mística
Entre Libertador y Dictador
La jangada
Krishnamurti
Difundamos el sentimiento vivo de la patria
Una conversación con Eugenio d'Ors

Luis de Larroder
Victor de Valdivia
Max Jiménez

Ricardo Palma
Jorge Obligado
Mario Sancho
Juan del Camino

El equipaje de Nietzsche
El crepúsculo de las dictaduras (y 2)
Qué hora es...?
De la escuela, del maestro y del material de enseñanza (y 3)
La jornada de Cossio
Sonetos
Tablero (1930)
La Voz

Benjamin Jarnés
José Rafael Pocaterre
Manuel B. Cossio
E. Gómez de Baquero
Claudia Lars
Rómulo Tovar

En este mes de febrero cúmplase el 280.^o aniversario de la muerte del padre de la filosofía moderna: de René Descartes. Siendo francés, como es bien sabido, muere en Estocolmo, adonde le llamó la Reina Cristina de Suecia, admirada de su talento y de sus obras.

Cuentan que en esa temporada transcurrida en el Real Palacio, con toda clase de consideraciones y de comodidades, se levantaba el gran escritor a las cinco de la mañana y discutía en aquellas horas filosofía con la soberana. Mas, al llegar el invierno, crudo y fuerte, como es el de aquellos países del Norte de Europa, enfermó de pulmonía, y como se le quisiera hacer una sangría, se opuso al remedio, diciendo: «Señores, economizad la sangre francesa». Los restos del preclaro hombre de ciencia, pasado algún tiempo, se llevaron a París, siendo sepultados en la iglesia de Santa Genoveva.

El retrato que ilustra esta página, como los otros dos que hay en el Louvre, acusan claramente la descripción más exacta que se ha hecho de la figura de Descartes, por el conocido escritor Mr. Fouillé. «Tenía—dice—cabeza grande, tan llena de razón como de inteligencia», según frase de Balzac; la frente ancha y recta; los cabellos negros y caídos sobre las cejas acentuadas; los ojos muy abiertos; la nariz saliente; la boca grande; el labio inferior más pronunciado; la fisonomía, en general, severa, desdeñosa. Se lee claramente en ella la meditación paciente, obstinada, que recuerda al buey arando el surco. Los ojos son escrutadores; parecen decir: «¿qué es esto?» Y sus biógrafos añaden que era cuidadoso en todo, sencillo en el vestir, usando casi siempre trajes negros; sobrio en sus últimos años, comiendo poco: algunas legumbres, ninguna carne y un vaso de vino.

De muy joven, Descartes, paliducho, y con una tos seca y constante, no merece a los médicos juicios muy optimistas, no creyendo nadie que llegaría a los 54 años; pero la educación primera en un colegio

Descartes: el matemático y el filósofo

=De Revista de Revistas. México, D. F.=



Descartes

de jesuitas, cuya enseñanza critica después en sus obras, y los continuos viajes, parece que fortalecieron su naturaleza, hasta el punto de hacer una vida disipada en París, a los 17 años, dedicándose principalmente al juego; lo que no le impide encontrar a un antiguo compañero y gran amigo suyo en el colegio ignaciano, a Mr. de Marsenne, que estaba en las Misiones, y luego es su secretario íntimo e inseparable.

Por aquel entonces las matemáticas le cautivan; retirado a su casa del Faubourg Saint Germain, olvida sus desvaríos, hasta que se alista en las tropas de Mauricio de Nassau; y desde aquel momento sus viajes por Europa son frecuentes: pasa algún tiempo en Breda, aprovechando una tregua entre españoles y holandeses; asiste a la coronación del Emperador Fer-

nando II; se une después al ejército del Delfín de Baviera, y vive un invierno entero en Neuberg, junto a la estufa—dice uno de sus biógrafos—, «pensando».

Regresa a su país de la Bretaña y vende sus propiedades. Marcha a Italia, vive en Florencia, presencia las famosas bodas de los Dux con el Adriático, cuando el mar recoge en solemne ceremonia la sortija de rica pedrería que la Dogaresa le lanza desde la empavesada nave; y aunque por aquel entonces Galileo ya es célebre, Descartes no lo ve, y eso que sus doctrinas sobre el movimiento de la Tierra tanto se asemejan. Se acercan los momentos de lucha: sus teorías filosóficas van a ser combatidas; su famoso *Discurso del Método*, documento notable «para dirigir bien la razón y buscar la verdad en la ciencia», es objeto de ruda contienda.

Descartes no contesta a las impugnaciones; el jesuitismo le acusa de ateo, y las doctrinas cartesianas son prohibidas. Entonces su genio parece tomar alas, y lanza las famosas *Meditaciones*, y escribe y publica más adelante, a ruegos de la Princesa Isabel, el *Tratado sobre las pasiones del alma*, y en

sus cartas a tan noble dama, y a la Reina Cristina de Suecia, trata de conciliar la moral de Aristóteles con la de los estoicos y la de Epicuro, y se eleva a la concepción serena del amor intelectual.

No es mi ánimo, en manera alguna, en este rápido bosquejo, examinar las obras, los pensamientos, los principios y las teorías del célebre filósofo. Sólo se trata de recordar una gloria universal, con el motivo ya indicado de consignar un recuerdo a tan preclaro varón.

Pero lo dicho no es un obstáculo para que señalemos los tres períodos de la doctrina cartesiana. En el primero, partiendo del estudio profundo de las matemáticas, llega al descubrimiento de un método que luego aplica a los fenómenos físicos. En el segundo, alcanza su apogeo en las *Meditaciones Metafísicas*. En

el tercero, acaba de constituir la ciencia según su criterio, y saca de su obra una enseñanza moral. Además, según se ha escrito, la principal regla seguida por Descartes en sus estudios, era la de no consagrar más que algunas horas por año a los pensamientos «qué sólo ocupan el entendimiento», y algunas horas por día a los que «ocupan el entendimiento y la imaginación».

Años y siglos han pasado desde el nacimiento de las doctrinas de Descartes. Sus enseñanzas sorprendieron a los pensadores de tan lejanas edades, y, sobre todo, sus aplicaciones a las diversas ramas del saber; pero hoy por hoy, al asegurar los grandes cerebros modernos cier-

tas teorías que a los sabios más esclarecidos sorprenden, el recuerdo de Descartes no se borra, sino que surge, sobre todo cuando se piensa que su genio filosófico llegó antes que nadie, a conseguir que el método matemático abarcara tales extremos, que se pudiera extender en absoluto a todas las ciencias. Este concepto ha sido expuesto de una manera precisa y elegante por un distinguido escritor francés, que dice: «que en los años de sus grandes meditaciones, estuvo comparando y profundizando los misterios de la Naturaleza con las leyes matemáticas, teniendo la audacia de suponer que una misma llave podría abrir los arcanos de ambos».

L u í s d e L a r r o d e r

México, febrero, 1930.

La opinión iberoamericana

El iberoamericanismo ante la Conferencia Naval de Londres

(Envío del autor)

El 21 de marzo, después de dos meses justos de trabajo, puede decirse que la Conferencia Naval de Londres no ha sido sino un disimulado fracaso. Sólo una demostración de que ninguna potencia cree sinceramente en el pacto de París contra la guerra. Los laboristas británicos se han metido a conceder la paridad a los EE. UU., que gran parte del Imperio Británico desapruueba, y, al mismo tiempo que están listos para conceder tratamiento más benigno a la India y al Egipto, aprueban indirectamente la formación del imperialismo yanqui. Los resultados de la conferencia quedan sintetizados en las amargas palabras que se habrían lanzado hace pocos días Stimson y MacDonal: el jefe inglés habría reprochado al yanqui no poderse entender con los japoneses y el yanqui al inglés no arreglarse con la Francia y la Italia. Los nipones se mantienen, en efecto, firmes en pedir 70% a los yanquis y paridad en cuanto a submarinos, mientras que la Francia y la Italia exigen tan altas cuotas que el *two power standard* británico en Europa se hace imposible. Es un consuelo constatar que la furia yanqui por mantener la primera flota en el mundo no encuentra aceptación unánime entre las potencias: los franceses expusieron desde el comienzo que una sincera disminución de armamentos debe ser mundial y abarcar además el ejército terrestre, la aviación, etc. Los japoneses y franceses demostraron además que si los anglo-sajones desean que las demás potencias supriman los submarinos, ellos deben empezar por suprimir las minas submarinas, los torpedos, los gases asfixiantes, las bombas lanzadas por los aviones etc.; todas son armas igualmente mortíferas. En el fondo no hay sino una furia de parte de cada país por mantener los armamentos que cree necesarios a su seguridad, y es ya una grande enseñanza para la América Latina. Había algo de infantil en la actitud yanqui: las demás potencias no aceptan, como las Repúblicas centroamericanas aceptaron, suprimir sus flotas. Las cifras demuestran que los EE. UU. han dupli-

cado su flota después de la guerra y pretenden llamar a eso desarme naval. Naturalmente el pan-americanismo en Londres se queda en casa, y sólo el monroísmo sale a relucir.

Después de la crisis política francesa la tesis de ese país de que cada nación debe sólo mantener una flota conforme a sus necesidades continúa siendo la misma expuesta en su memorandum del 13 de febrero, al cual se agregó el siguiente cuadro de las flotas de las cinco potencias en 1914 y en 1930:

	1914	1930
Gran Bretaña.....	2.476.326	1.296.396
Estados Unidos.....	964.500	1.349.902
Japón.....	646.000	853.382
Italia.....	686.812	360.479
Francia.....	1.139.306	681.808

La furia de los EE. UU. por aumentar sus armamentos quedó candorosamente confirmada por el Presidente Hoover en su primer mensaje al Congreso el 3 de diciembre de 1929, refiriéndose a la defensa nacional: «The total of our expenditures is in excess of those of the most highly militarized nation of the world». Es una demostración de juvenilidad y demuestra un cabal conocimiento de la historia esa furia, sólo que va dirigida en desmedro nuestro. Los yanquis no pierden ocasión de asegurar ventajas a su país en el mundo, mientras los latino-americanos duermen apaciblemente. No se vé un solo hombre de estado en nuestro Continente que caiga en la cuenta de que, después del Imperio Británico y del Imperio Yanqui, no son ni el Japón, ni la Francia, ni la Italia la tercera potencia mundial, sino el conjunto iberoamericano. En efecto, en 1927, después del Imperio Británico que exportó por valor de 6.191 millones de dólares, y después de los EE. UU. con 4.865 millones de dólares, viene

la América Latina que exportó 2.938 millones de dólares y sólo en cuarto y quinto lugar la Alemania (2.425 millones) y la Francia (2.158 millones). Lo que nos falta a nosotros son verdaderos hombres de estado que defiendan nuestros intereses en conjunto como los yanquis defienden los de su conjunto de estados. La caridad debería empezar por casa. Ni en el Pacífico ni en el Atlántico tienen los EE. UU. tantas costas que defender como nosotros. Lo único que se ve claro en Londres es que cada país soberano debe mantener fuerzas suficientes para defender sus riquezas y no debe dejar a nadie el cuidado de su soberanía. Los EE. UU. han enviado a Londres a su Ministro de Relaciones Exteriores (ex-Gobernador de las Filipinas), al financista Morrow, embajador en México, y a toda una enorme misión, a obtener ventajas políticas. Ellos ven claro, como lo ven hasta los nipones, que una fuerte marina es una fuerza política estupenda y paraliza de hecho toda tentativa de subversión en Corea como en Haití. Una fuerte marina no necesita moverse de su base para obtener el Canal de Nicaragua como el del Atrato. Una fuerte marina es el complemento obligado del viaje de Hoover a Sud América y de su plan imperial estilo romano: un camino pan americano, una red de aviación, una red de estaciones de radio, una red de cables, todo dirigido desde Washington. Naturalmente la aviación, la marina mercante, las estaciones de radio de Chile y Argentina deberían trabajar en armonía, y de acuerdo con los demás países hasta Colombia y México, y el plan de colonización yanqui quedaría paralizado de hecho; pero lo que ven claro los del Norte del Río Bravo lo ven turbio los del Sur.

La Conferencia Naval de Londres ha tenido como única ventaja la de proyectar luz brutal sobre la situación internacional y sugiere varias enseñanzas a la América Latina:

1).—Los EE. UU. son ya la primera potencia militarista del mundo.

2).—Mientras la China, la India, el Egipto, las colonias francesas y holandesas tratan de independizarse, la América Latina es el único Continente que pierde poco a poco su total soberanía en pleno siglo xx.

3).—La primera condición de un país es mantener su orgullo nacional y elevar su propia importancia mediante avenimientos con los vecinos. La caridad debe empezar por casa. Para defender sus intereses amenazados por los *trusts* yanquis, los productores de Europa se unen y organizan en cuarteles internacionales. Para defenderse de la colonización por terceras potencias, no queda a los países pequeños otro recurso que unirse para la defensa común. Pero esas verdades tan rípidas no logran penetrar en los cerebros de los hombres de estado de Sud América.

V i c t o r d e V a l d i v i a

París, marzo de 1930.

Del señor de Valdivia nos dice, en estos días, Gabriela Mistral:

Me permito presentarle a don Victor de Valdivia, un nuevo hispano-americanizante que nos viene en buena hora: ideas claras, mucha voluntad viril, sensatez e impulso generoso.

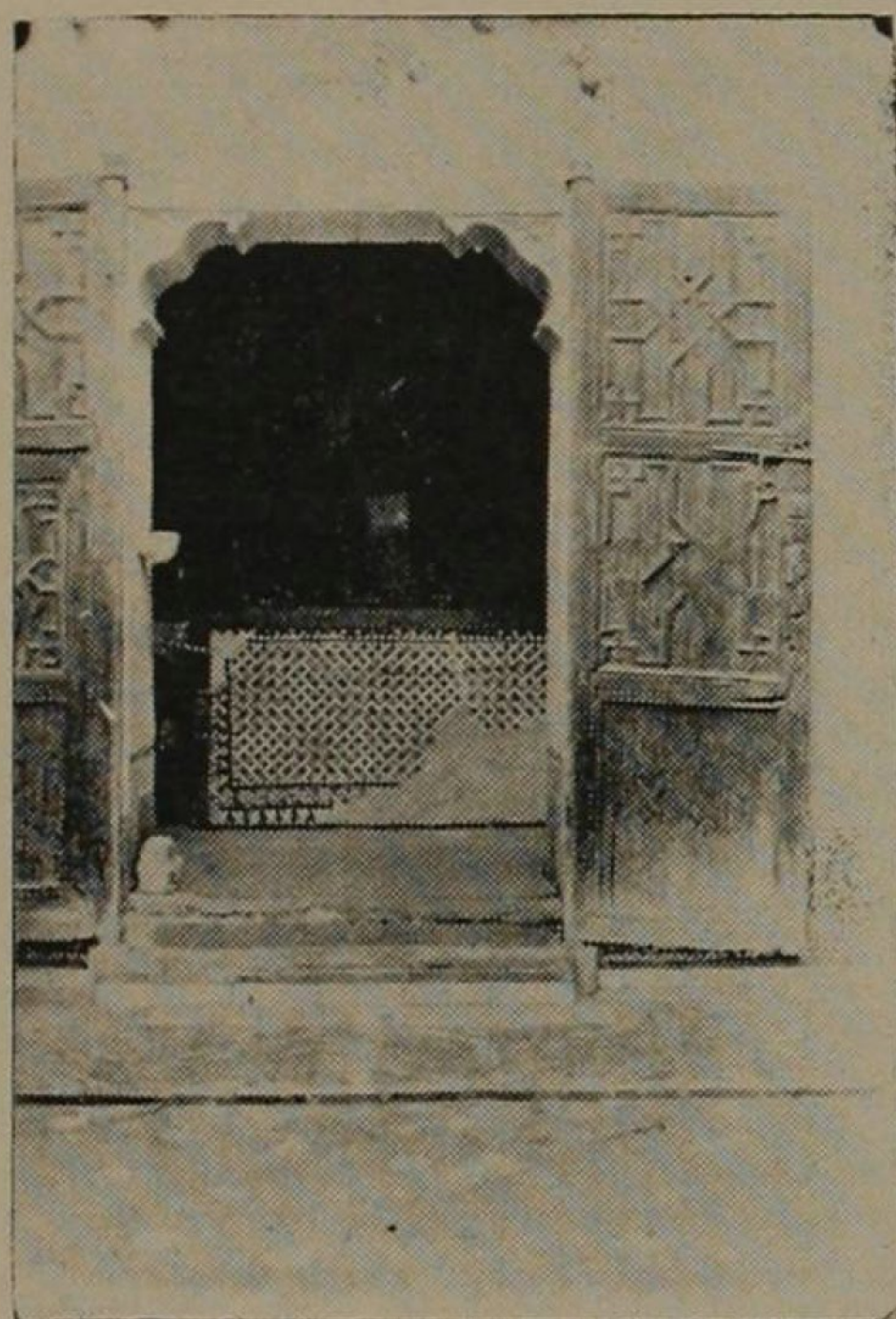
Creo que le mandará algunos artículos para *Repertorio*.

Toledo

(Envío del autor)

Hay hombres y ciudades que nunca deberían conocerse, y quedarnos con el trabajo que al calor de lo que leemos y oímos ha hecho la imaginación. No obstante, fui a Toledo, y al pasar la puerta del *Campo Rojo* sentí manto de siglos que me arrebuja para mi visita a Toledo.

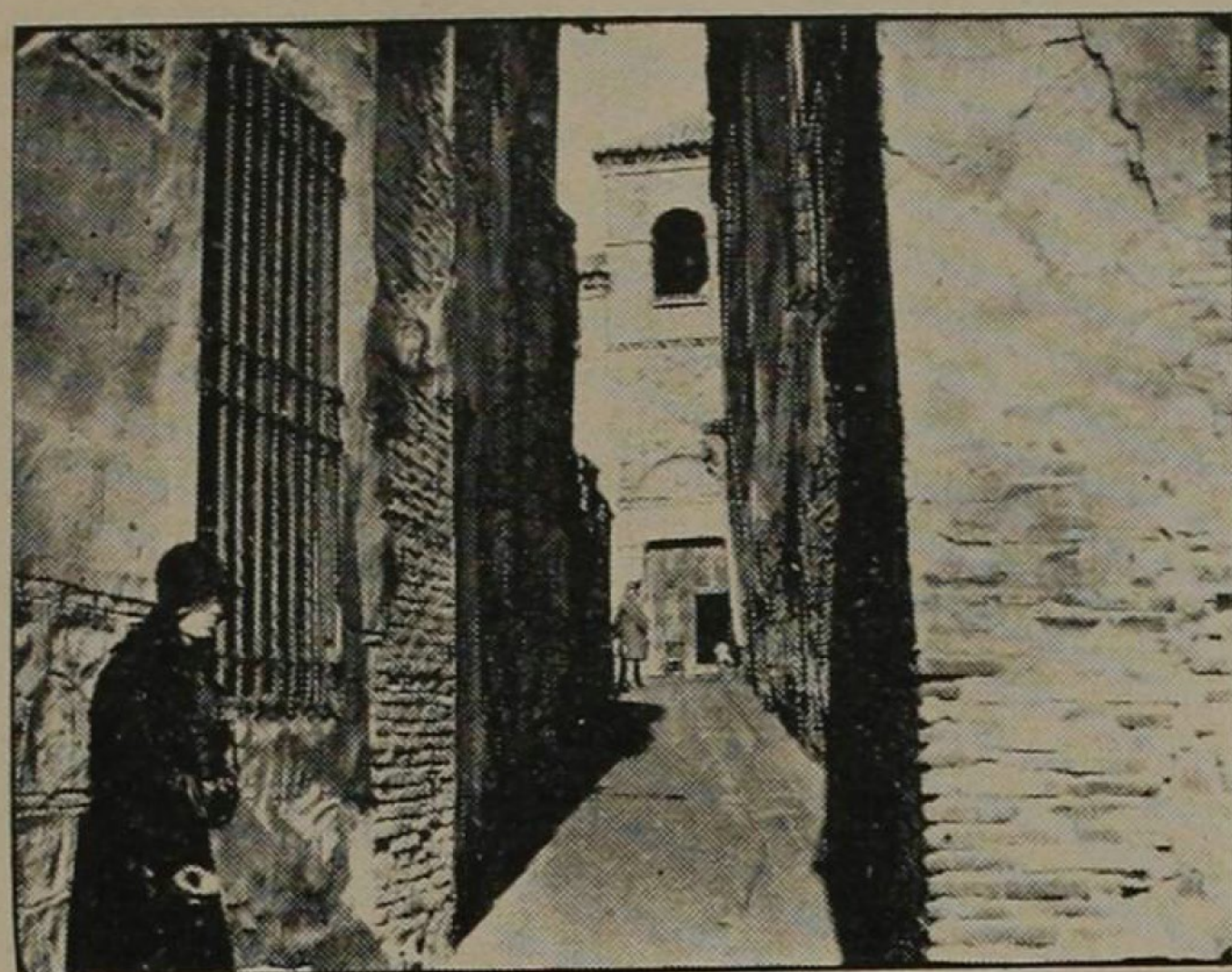
Acaso Toledo quepa en las descripciones de Guilliver; mas



Puerta de la Capilla Greco

no, los habitantes de Toledo han debido ser largos y delgados, como sus calles estrechas, como la calle de la *Sierpe*, como la calle del *Hombre de Palo*, como la del *Cristo de la Calavera*. Toledo fué la mano que alargó las divinas figuras del gran Dominicus Theotocopulis.

En la plaza Zocodover, en la misma plaza que dió nacimiento a la lengua que hoy usamos, en la plaza de las ejecuciones y del *Cristo de la Sangre*, tomo un guía, todo lo que puede decirse de moderno.



Museo de Greco

Emprendemos la marcha por esas calles que ponen el alma como asistente al entierro del Conde de Orgaz. El guía interrumpe mi pensamiento; era para el Cristo de la Vega. Dice que en la semana entrante se va a la escuela de aviación porque un oficial de aeroplano gana seiscientas pesetas. Le contesto distraídamente que se matará pronto.

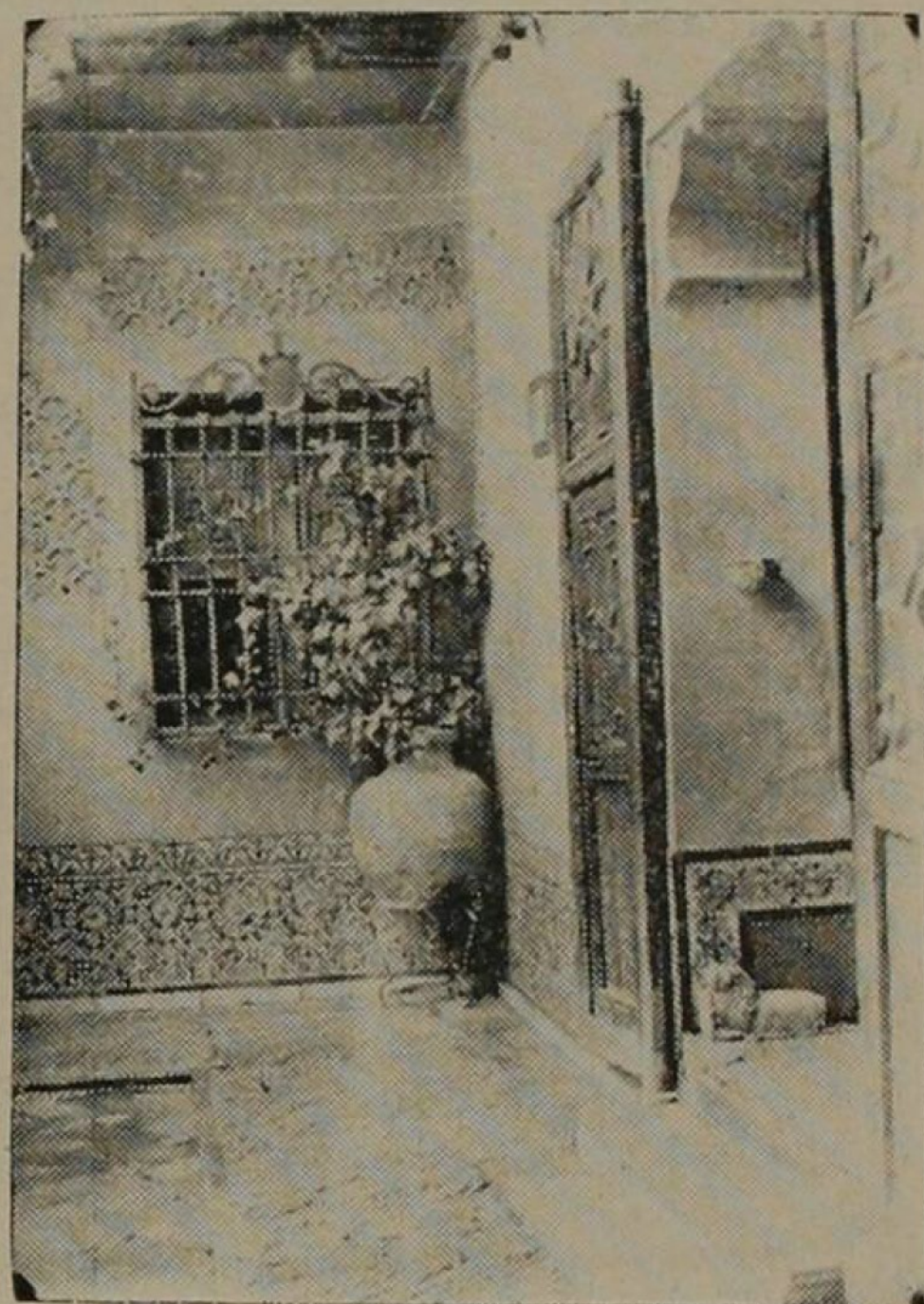
La maravillosa casa del Greco, antigua escuela de nigromancia, y propiedad del rico judío Levi, tesorero de Pedro el Cruel; en los sótanos, cuenta la leyenda, que el judío guardaba tesoros que le costaron la vida, pues fué puesto al tormento para que revelara a la codicia del rey el paradero de ellos. Qué doloroso es el valor histórico de las cosas, la limpieza, el orden de museo; unos señores de uniforme enseñando los muros, los jardines en que el maestro de maestros de la pintura se hacía la vida leve al son de cítaras y de laudes.

Maldito sea este guía. ¿Pero a mí qué me está importando que ahora, como ya no hay cadetes, las señoras de cinco duros hayan sido sustituidas por las de cinco pesetas? Debía haber tomado un guía de mayor edad, veinte años, son lo mismo en Toledo que en Buenos Aires.

El verdadero sentido de la palabra catedral, lo encontraréis en Toledo; por la puerta

Max Jiménez

de *Los Leones* admirareis, ochenta pilares, setenta y dos bóvedas, setecientas ventanas, reliquias sin fin; las capillas se han convertido en museo, un manto de la virgen tiene ochenta mil perlas, que me hacen pensar en los pobres, que los hay a las puertas de las mismas catedrales; una custodia, dice un simpático sacerdote, que fue construida con el primer oro



Patio Greco

que trajo Colón; reparo que ese oro es nuestro, de América, a lo cual agrega él, que no hay que fiarse mucho de la historia.

Para hablar a conciencia de Toledo, habría que hacer monumento y empezar por la primera piedra; luego el guía se empeña en llevarme a las casas de comercio, tiene un tanto por ciento. En oro sobre acero se va el resto del día.

Tomo algunas fotografías, el guía dice que la casa Kodak me va a hacer una estatua; ojalá se haga ligero aviador este maldito guía...

Una epidemia mística

=De 1929. La Habana=

«El sentido de lo invisible»—que diría nuestro amigo y frecuente huésped Sr. Belaúnde—está tomando en Cuba proporciones alarmantes. De algún tiempo acá han descendido sobre nuestra frivolidad, sobre nuestra ardida materia tropical, todos los fuegos fatuos y sagrados del neomisticismo indostánico. El asbestos del choteo no ha sido suficiente para preservarnos de esa ignición. Doctrinas crípticas, misteriosas nieblas gangéticas, vagorosas fulguraciones del Uno y del Todo se han instalado hasta en los espíritus menos sospechosos de hospitalidad filosófica. Nos visitan apóstoles de hopalanda, tez anochecida y apellidos im-

posibles. Uno de ellos—Ragajopal—adoc-trina nada menos que desde la tribuna de la Academia de Artes y Letras, vivero de éxtasis, donde lo nuevo no interesa como no sea muy sentimental y oratorio. Semanalmente, un ilustre «aeda» centroamericano de la casta que «conoció a Darío», hombre de disciplinas, catedrático pretenso de «Cultura General», rinde, ante sus catecúmenos adorantes, exégesis muy floridas de lo que enseña en el Norte el lánguido Krishnamurti, a

tono con la sagrada histeria de Annie Besant. Finalmente hemos tenido la espectacular visita de Jinarajadasa, otro de los grandes iniciados. Y, entretanto, las librerías—que no importan más que un ejemplar de muestra del *Análisis de la Materia* de Russell—, hacen profusa exhibición de cuanto se edita sobre Teosofía y sus derivados y similares.

Esta epidemia no pasaría de divertirnos si, como dejamos sugerido, no hubiese asaltado ya los más circunspectos lugares y contagiado a muy pulcras inteligencias. Ya en las zonas populares el espiritismo hacía estragos. Estimulado por el ejemplo de atávicos resabios afri-

canos, ha ocupado esa *no man's land* de polémica entre el dogma católico y el dogma masónico. Ahora, por lo visto, el sentido de lo invisible afirma también sus apetencias en las zonas más cultas. Y se produce en una dirección mística y tortuosa, no ya divergente de la razón (que toda credulidad religiosa en definitiva lo es), sino contraria a ella, contraria a la higiene misma de la inteligencia. Porque el filosofismo orientalista de que se vale no se ofrece con la declarada y franca ilogicidad del dogma, sino embardunado de pretensiones dialécticas. No trata de salvar el abismo metafísico con el sólido espigón conceptual de la filosofía genuina, sino que se contenta con eliminar verbalmente el abismo.

Pertenece, pues, esta logomaquia al gé-

nero de lo edificante, que será de mucho consuelo para los espíritus impresionistas e impresionables, pero que no tarda en afofar el más nervudo entendimiento. Precisamente ahora, cuando nos esforzamos por curarnos del pensar confuso y del decir laxo, cuando se insiste en que el rigor y la economía verbal formen hábitos entre nosotros, no podemos menos que condenar en nombre de la inteligencia esta marejada de misticismo. Si en sus versiones originales no carece de intuiciones profundas, nuestros exégetas de librito—deseosos de darse tono filosófico sin sudar vigiliass—la dejan reducida a un oleaje superficial de palabras, a un mero halago histérico y fonético. Lo sentimos por la salud mental de sus catecúmenos.

don Pedro Somellera, enemigo político y personal del doctor Francia, era cuanto medianamente autorizado podíamos consultar para formarnos concepto del Paraguay y del régimen dictatorial que, a poco de la caída en 1811 del gobernador español don Bernardo Velasco, implantara un doctor en teología.

Realizada la Independencia del Paraguay, se confirió el gobierno del país a dos cónsules: el comandante don Fulgencio Yegros, que se sentaba en un cómodo sillón de vaqueta llamado la *curul de Pompeyo*, y el doctor don Gaspar Rodríguez Francia, que ocupaba la *curul de César*.

En 1814 César echó la zancadilla a Pompeyo, y se erigió dictador.

«Desde ese momento—dicen sus imparciales biógrafos Rengger y Longchamp—Francia cambió de vida, abandonando por completo el juego y las mujeres, y ostentando, hasta la muerte, la mayor austeridad de costumbres en su existencia doméstica.»

En los primeros años de su gobierno, el dictador profesaba la doctrina de la inviolabilidad de la vida humana: no levantaba cadalsos, pero aplicaba el tormento a sus enemigos, y hacía ostentación de refinada crueldad. Pidió un preso que se le mandase cambiar de grillos, y Francia contestó:

—Si quiere esa comodidad, que se los haga fabricar y que le cuesten su plata.

Corriendo los tiempos, rara fué la semana en que, por lo menos, no decretara un fusilamiento.

Llama la atención que habiéndose Francia educado para sacerdote, hubiera estimado en poco a la gente de Iglesia, si bien la mayoría de ésta, en el Paraguay, era corrompidísima. El prior de los dominicos se jactaba de ser padre de veintidós hijos; y eso tuvo en cuenta el mandatario para decretar la secularización de los frailes, y aun para pretender la abolición del celibato sacerdotal. A dos religiosos que en el púlpito se ocuparon de política les mandó rapar la cabeza y los puso a vergüenza pública vestidos con una hopalanda amarilla.

Un cura procesó a una mujer acusada de bruja, proceso que desaprobó el doctor Francia, diciendo:—¡Véase para lo que sirven los sacerdotes y la religión! ¡Para hacer creer a las gentes en el diablo más bien que en Dios!—Desde ese día Francia se declaró jefe de la Iglesia, nombraba y destituía párrocos y prohibió procesiones, dejando subsistente sólo la de Corpus.

—Si el Papa viniera al Paraguay puede ser que lo nombrara mi capellán; pero bien se está él en Roma, y yo en la Asunción—decía don Gaspar, familiarmente, a su barbero Bejarano y a su médico Estigarribia.

Hasta 1820, Francia oía misa los domingos y días de obligatorio precepto; pero en ese año dió de baja a su capellán; y no volvió a entrar en los templos. El comandante de una nueva fortaleza le pidió permiso para poner ésta bajo la advocación de un santo.

—¡Idiota—le interrumpió el dictador—. Para guardar las fronteras los mejores santos son los cañones,

Entre Libertador y Dictador

=De Tradiciones Peruanas. Tomo III. Madrid=

A Julio S. Hernández

I

Estando de sobremesa el Libertador Bolívar en Chuquisaca, allá por los años de 1825, versó la conversación sobre las excentricidades del doctor Francia, el temerario dictador del Paraguay.

Lo que algunos comensales referían sobre aquel sombrío tirano, que se asemejaba a Luis XI en lo de tener por favorito a su barbero Bejarano, despertó en el más alto grado la curiosidad de Bolívar.

—Señores—dijo el Libertador—, daré un ascenso al oficial que se anime a llevar una carta mía para el gobernador del Paraguay, entregarla en propia mano y traerme la respuesta.

El capitán Ruiz se puso de pie, y contestó:

—Estoy a las órdenes de vuecelencia.

II

Al día siguiente, acompañado de una escolta de veinticinco soldados, emprendió Ruiz el camino de Tarija para atravesar el Chaco. Después de un largo mes de fatigas, llegaron a Candelaria en el alto Paraguay, donde existía una guardia fronteriza que desarmó a la escolta, sin permitirle pasar adelante. El oficial paraguayo, custodio de la frontera, envió inmediatamente un *chasqui* al gobierno con el aviso de lo que ocurría.

Francia le mandó instrucciones, y el capitán Ruiz, acompañado de dos jinetes paraguayos, que no hablaban español, sino *guaraní*, continuó viaje hasta la Asunción, sin que en el tránsito se le dejara comunicar con nadie.

Pasó Ruiz por algunas calles de la capital hasta llegar al palacio del dictador, donde sin permitírsele apearse del caballo, tuvo que entregar al oficial de guardia el pliego de que era conductor.

Una hora después salió éste, y dió a Ruiz una carta sellada y lacrada, que contenía la respuesta del dictador a Bolívar, y el sobre del oficio, con estas palabras de letra del autócrata paraguayo:

Llegó a las doce.—Despachado a la una, con oficio.—Francia.

III

El capitán volvió grupa, escoltado por los dos vigilantes paraguayos, que no se apartaron un minuto de su lado hasta llegar a Candelaria, donde lo esperaban los veinticinco hombres de su escolta.

Después de mil contratiempos, naturales a camino tan penoso como el del desierto Chaco, puso Ruiz en manos del Libertador la ansiada correspondencia, y obtuvo el ascenso leal y honrosamente merecido.

Los compañeros de armas de Ruiz acudieron presurosos a su alojamiento, esperando oír de su boca descripciones pintorescas del país paraguayo y estupendos informes sobre la persona del enigmático dictador.

—¿Qué ha visto por allá, compañero?

—Arboles, arroyos y dos soldados que me custodiaban.

—¿Nada más?

—Nada más.

—¿Qué ha oído en ese pueblo? ¿Qué se dice de nosotros?

—No he oído más que el zumbido del viento; con nadie he hablado, sólo mis dos guardianes hablaban; y como lo hacían en guaraní no les comprendí jota.

—¿Y Francia? ¿Qué tal se portó con usted? ¿Es bajo? ¿Es alto? ¿Es feo? ¿Es buen mozo? En fin, díganos algo.

—¿Qué les he de decir, si yo no he conocido al dictador, ni he pasado del patio de su casa, ni visto de la ciudad sino cuatro o cinco calles, y eso al galope, más tristes que un cementerio?

El despotismo extravagante del doctor Francia estuvo más arriba que la curiosidad burlesca del Libertador.

IV

La biografía del dictador paraguayo y las vagas noticias que de las atrocidades que ejecutó han llegado hasta nosotros los peruanos, dan a ese personaje y a su pueblo un no sé qué de inverosímil y fabuloso. El libro del médico suizo Rengger, el del literato español don Ildefonso Bermejo, el del inglés Robertson y el opúsculo del argentino

La jangada

(Envío de R. Coto).

En la isla flotante bajo el alma del Norte.
Sobre el lomo del río que orgulloso camina
van los troncos. Los débiles aun muestran en el corte
lágrimas de resina.

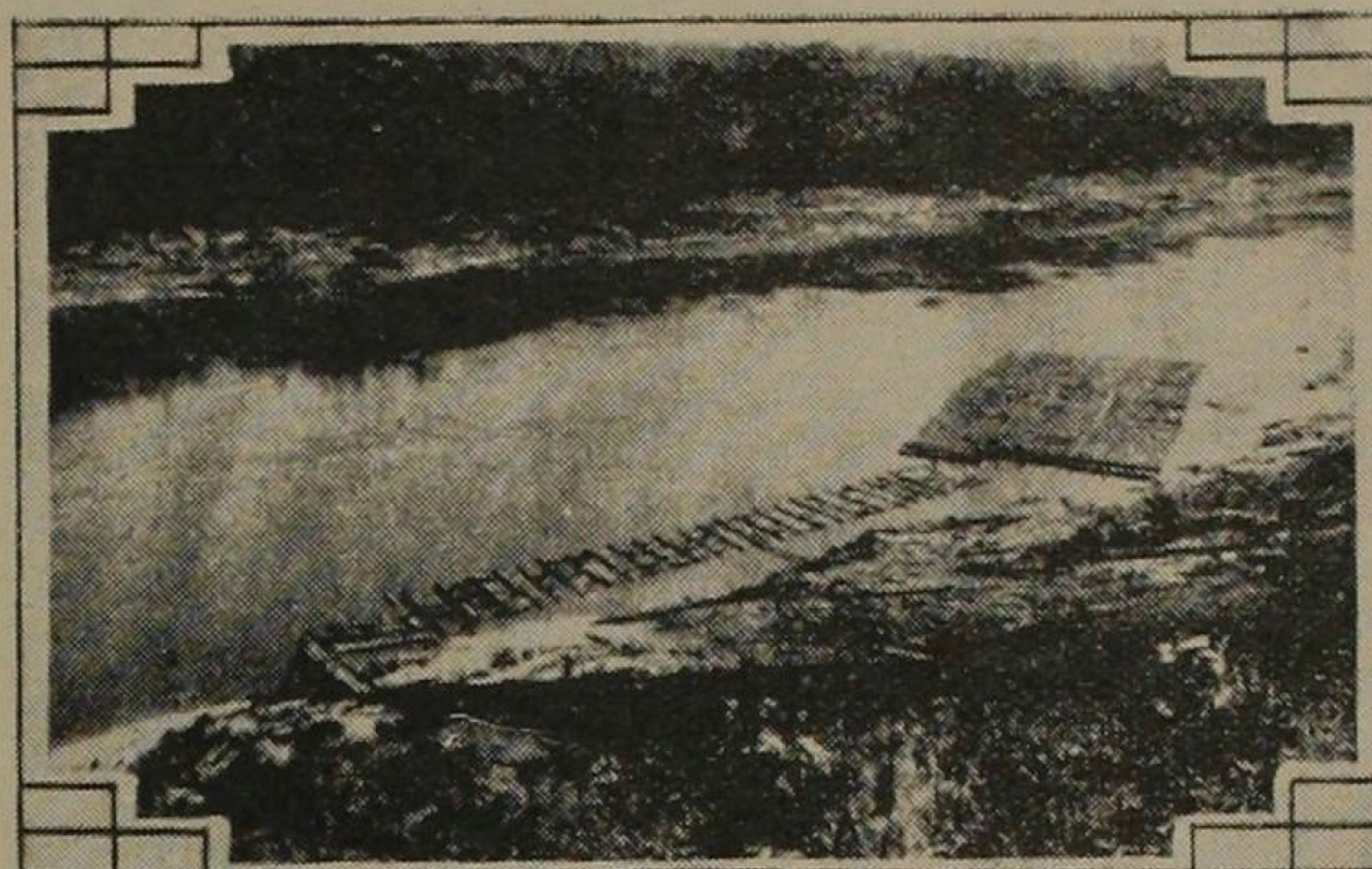
Sobre el lomo del río, del «camino que anda»,
bajo un sol astringente como un terrón de alumbre
van los troncos. Los débiles, los de madera bianda
soportan de los otros la inerte pesadumbre.

Un lanchón los dirige con prolongado esfuerzo;
caza en ellos la inquieta lagartija insectívora,
y tras el comprimido resorte del escuerzo
avanza la insidiosa cautela de la víbora.

Caobas, palos santos, inciensos y quebrachos
en el agua reposan humillantes fatigas.
Ya no son nobles árboles, ya no son troncos machos:
la sierra afeminólos en impotentes vigas.

Ya los ojos no advierten en los toscos poliedros
a los dueños magníficos de las selvas lejanas.
Príncipes orientales, sucumbían los cedros
vencidos por las sabias lujurias de las lianas.

Y erguidos entre un fárrago de malezas y arbustos
con su purpúreo aspecto de gigantescas flores
reinaban, formidables, los lapachos vetustos
que chuparon la sangre de los conquistadores.



Una jangada en el Alto Paraná

Vencidos, se abandonan como un dolor inmenso,
pero en sus almas rudas de oscuros soberanos
fermentan odios agrios, y envidian a un incienso
que hizo al desplomarse crujir huesos humanos.

Prosigue la jangada, y el agua que la asedia
hallándola sin bordas asalta su gran cuadro;
al ir a desunirla comprende la tragedia
y lame las heridas del hacha y del taladro.

En tanto en las orillas de inexploradas frondas
se suspende el vibrátil picaflor microscópico;
digieren, indolentes, las regias anacondas
y el yacaré leñoso dormita al sol del trópico.

Jorge Obligado

(La Prensa, Buenos Aires).

A los pocos europeos que llegaban a la Asunción solía decirles:

—Haced aquí lo que gustéis, profesad la religión que os acomode, nadie os inquietará; pero estad prevenidos, que os va el pellejo si os mezcláis en las cosas del gobierno.

Y efectivamente, envió a la eternidad a no pocos de esos aventureros que se meten a patriotas en patria ajena. Sólo por esto querría yo un Francia en el Perú, hartó como estoy de ver a gente de *extranjis* tomar cartas y doblar baza en juego en que debieran hacer, a lo sumo, papel de *mirones*. Esto de que un hereje quiera ser más papista que el Papa... no está en mi mano... ¡Vamos!... Me carga, se me estomaga y me hace vomitar bilis.

Como los cuáqueros, el doctor Francia daba a todos el tratamiento de *tú*; pero ¡desgraciado de aquél que, por distracción, dejase de decirle *excelentísimo señor*!

Por fin, para dar una idea del terrorífico respeto que inspiró a su pueblo, bástenos copiar las palabras que dirigió un día a un centinela que había tolerado a una mujer que mirase por una ventana los muebles de una de las habitaciones de palacio.—Si alguno de los que pasen por la calle se detuviere fijándose en la fachada de mi casa, haz fuego sobre él; si le yerras, haz otro tiro, y si todavía le yerras, ten por seguro que mi pistola no ha de errarte—. Así, cuantos pasaban por el fatídico antro de la fiera lo hacían bajando los ojos al suelo,

El 20 de septiembre de 1840, a la edad de ochenta y seis años, terminó la existencia de ese déspota verdaderamente fenomenal.

A los que deseen conocer con más amplitud el tipo caracterizado por el doctor Francia les recomendamos la lectura del libro recientemente escrito por el ilustrado médico bonaerense Ramos Mejía, titulado *Las neurosis célebres*.

V

La nota del Libertador Bolívar al tirano Francia se limitaba a proponerle que sacase al Paraguay del aislamiento con el resto del mundo civilizado, enviando y recibiendo agentes diplomáticos y consulares. La contestación de que fué conductor el capitán Ruiz, no puede ser

Ricardo Palma

DR. HERDOCIA

Enfermedades de los ojos,
oídos, nariz y garganta

Horas de oficina:

**10 a 12 de la mañana
y de 2 a 5 de la tarde**

Contiguo al Teatro Variedades

más original, empezando por el título de *patricio* que da al general Bolívar. Hela aquí, tal como apareció en un periódico del año 1826:

Patricio: Los portugueses, porteños, ingleses, chilenos, brasileros y peruanos han manifestado a este gobierno iguales deseos a los de Colombia, sin otro resultado que la confirmación del principio sobre que gira el feliz régimen que ha libertado de la rapiña y de otros males a esta provincia, y que seguirá constante hasta que se restituya al Nuevo Mundo la tranquilidad que disfrutaba antes que en él apareciesen apóstoles revolucionarios, cubriendo con el ramo de oliva el pérfido puñal para regar con sangre la libertad que los ambiciosos pregonan. Pero el Paraguay los conoce, y en cuanto pueda no abandonará su sistema, al menos mientras yo me halle al frente de su gobierno, aunque sea preciso empuñar la espada de la justicia para hacer respetar tan santos fines. Y si Colombia me ayudase, me daría un día de placer y repartiría con el mayor agrado mis esfuerzos entre sus buenas hijas, cuya vida deseo que Dios Nuestro Señor guarde por muchos años.—Asunción, 23 de agosto de 1825.—*Gaspar Rodríguez de Francia*.

Bolívar leyó y releyó para sí, sonrió al ver que el suscriptor lo desbautizaba llamándole *Patricio* en vez de *Simón*; y pasando la carta a su secretario Estenós, murmuró:

—¡La pim... pinela! ¡Haga usted patria con esta gente!

El domingo pasado estuve a oír a Krishnamurti en Community Church, la iglesia que ha fundado aquí el Reverendo John Haynes Holmes. ¿Pero es que puede llamarse así una institución sin credo ninguno y casi sin ceremonias de culto? ¿Es que acaso este intento de iglesia para todos satisface de modo cabal la necesidad del espíritu ansioso de certitudes y de una regla a qué ajustar su conducta? No. Community Church no ofrece otra cosa que una oportunidad de reunirse en terreno neutral y de conversar acerca del eterno problema religioso. Allí se confunden una vez a la semana cristianos y judíos que han perdido la fe o no la han tenido nunca en la palabra revelada, y en el rato que va de la hora del *breakfast* a la *dinner* meridiano piensan en cosas que no tienen que ver con cotizaciones de bolsa ni avideces de ganancia.

Cada domingo viene a hablar un individuo diferente, no importa de qué raza o nacionalidad, ni de qué clase de actividades o ideas, siempre que haya, eso sí, adquirido alguna importancia y nombradía; unas veces es un radical del tipo de Bertrand Russell, otras un conservador o un laborista inglés, como Ponsby o Norman Angell. El ministro que conduce el servicio apenas si hace más que indicar los himnos que deben cantarse y decir unas cuantas palabras a guisa de introducción del orador. Perdón, que también invita a la concurrencia a inclinar la cabeza reverentemente y a elevar una plegaria en silencio, «the silent prayer» tan popular entre estos protestantes, que él reza en voz alta, quizá para que se cumpla una vez más aquello de que los predicadores han de hacer siempre lo contrario de lo que predicán a sus feligreses.

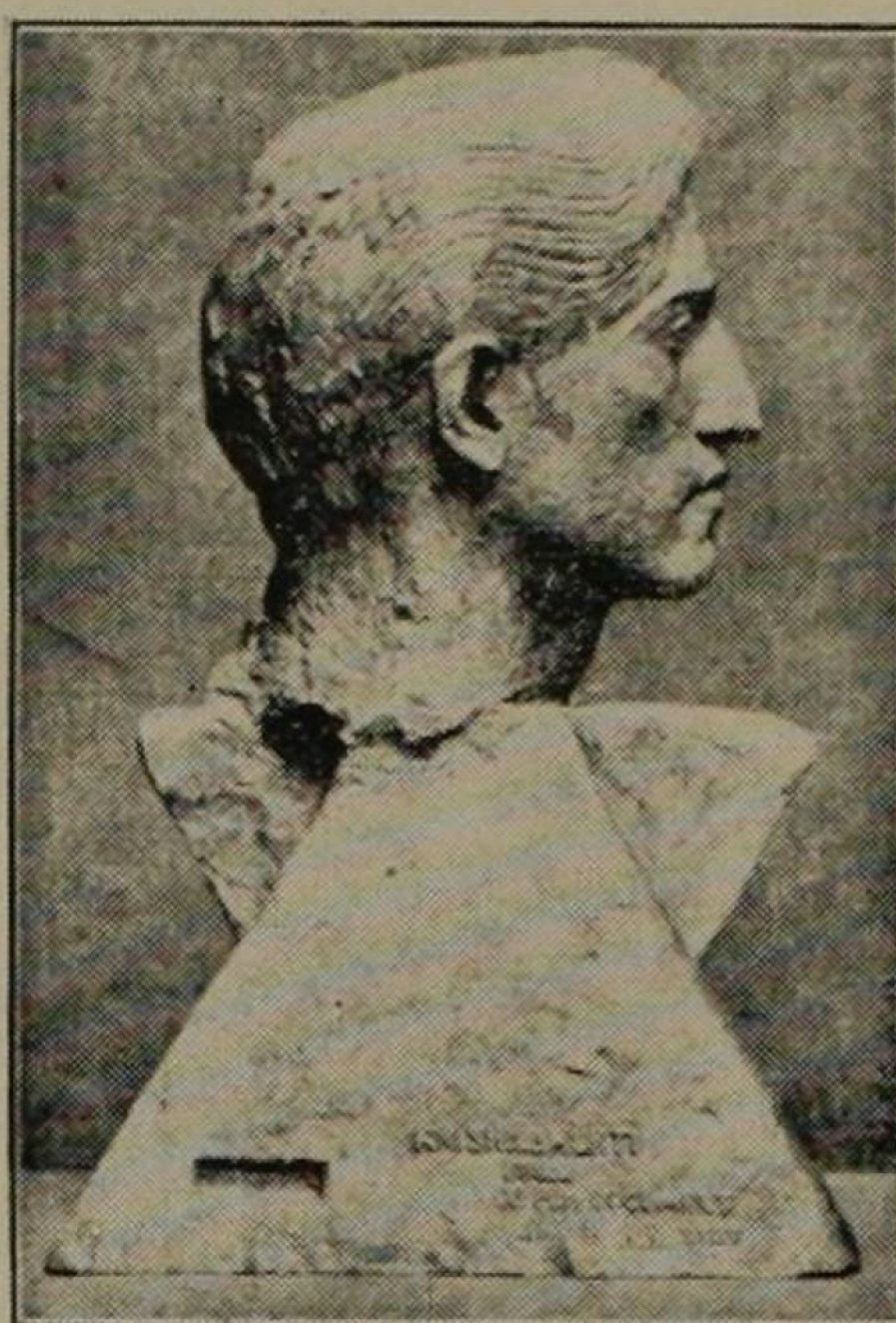
El domingo último fué el joven indio protegido de la señora Besant quien se encargó de la plática.

Debo confesar que jamás he transitado, al menos en actitud devota, el sendero teosófico y que a pesar de la estima que me merecen ciertos teósofos en otros respectos, nunca he podido ver en el evangelio de estas místicas matronas, ya sea la Blavatsky, fundadora de la Orden, o la otra profetisa que la preside desde Madrás, un sistema serio de filosofía, sino más bien un hábil *pastiche* de sofistiquerías orientales, cábalas e imaginaciones llenas de tanta poesía como de poco sentido. Esto digo, no con pretensión de dar opiniones que los entendidos hallarán superficiales, sino para explicar que mi espíritu reacciona ante el profético delirio de una Madama Besant distintamente del de mi amigo el poeta Sotela, cuyo entusiasmo llega a excesos insospechables, como aquel de querer besar la frente de la augusta octogenaria.

No obstante mi vieja inclinación escéptica y el hecho de que las Isis sin velo no logran causarme ni con mucho el enardecimiento que comunicó a los heliastas la desnudez divina de Friné, fui llevado de curiosidad profana.—fuerza es confesarlo por horrible que ello sea—, y no del ardor de la iniciación en los grandes misterios.

Krishnamurti

(Envío del autor).



Krishnamurti

Visto de perfil. Cabeza de Bourdelle

Con bastante anticipación me instalé, o mejor nos instalamos, pues que mi señora quiso acompañarme en la aventura, en la tercera o cuarta fila del espacioso Symphony Hall que ya comenzaba a llenarse a esa hora de gente. No fué vana previsión la nuestra, y gracias a ello puedo decir que si no quedamos «a los pies del maestro», sí estuvimos lo bastante cerca para verlo y oírlo y recibir de pleno el efluvio magnético de su persona, pues aunque profano, como queda dicho, el acicate de mi curiosidad era grande. Y sin embargo, debo acusarme lleno de arrepentimiento otra caída imperdonable de mi espíritu, y fué que ocupado en no sé que bagatela, no me di cuenta de la entrada en escena de Krishnamurti. Mi mujer, más alerta que yo, por fortuna, le vió dirigirse desde el foro hasta la silla puesta detrás de la tribuna y me dice, y en esto tendremos que depender enteramente de la sensibilidad de una mujer, lo cual no deja de ofrecer sus peligros, que su paso era suave, elástico, no producía ruido y daba una impresión casi inmaterial, como si no tuviera contacto con el suelo. No habría acabado de sentarse cuando yo le asesté los ojos y toda la fuerza de observación de que soy capaz.

Krishnamurti es un tipo ascético, aunque no en el grado sumo de Mahatma Gandhi ni de los yoguis que en sus meditaciones a orillas del río sagrado llegan hasta olvidarse de todas las urgencias de la naturaleza. Krishnamurti es flaco, pero no lo parecería tanto en la desnudez asoleada de la India como en la holgura de un flux inglés de doble abotonadura. Su tez es pálida, de un color moreno entre verdoso y amarillento,

un tono, un matiz, que sería un problema para el pincel de un artista. La frente enmarcada por el cabello abundante y negrísimo, de un negro que no se ve más que en Oriente, resulta apenas un triángulo de palidez en cuya base dos ojos ponen un fulgor sombrío que parece de símbolo. Sea por razón de los años que le han cambiado o por la falta del turbante indio, su fisonomía no tiene ahora casi nada de aquella suavidad deliciosa que se observa en el dibujo de nuestro Povedano. Sus manos llaman asimismo la atención por lo delgadas y largas y por la nerviosa inquietud con que él las junta o se las lleva, ora una, luego la otra, a las mejillas.

De toda la personalidad de Krishnamurti hay que reconocer que se desprende cierta distinción espiritual y cierta congoja inexplicable, la congoja de seguro de saberse esperado como un nuevo avatar del Cristo y no sentir adentro el fuego ni el espíritu mesiánico. Krishnamurti da la idea no sólo por estos detalles de su aspecto físico sino por las cosas que dice, de un hombre ansioso de que sus entusiastas acaben pronto de aceptarle su renuncia del cargo de Mesías y de olvidarse de la Estrella y de la sibilina Madame Besant, «vox clamantis in deserto» que anuncia los caminos del Señor. Su discurso en Symphony Hall trascendía esta ansiedad. Él no tiene, dijo, ninguna revelación que hacer, ninguna teoría que dar, ni está preocupándose lo más mínimo de que las gentes piensen como él. Que cada uno busque la verdad dentro de sí mismo, ese es su mensaje, el cual no difiere, como se ve, del de Emerson a sus contemporáneos. A un ingenuo, o quién sabe si más bien un burlón, que le preguntó durante el período que aquí llaman forum, si era el hijo de Dios encarnado, Krishnamurti contestó riéndose de tal suposición y llegó hasta negar por indiferencia que existiera un Dios personal y que el hombre pueda esperar nada de un poder extraño a su propia naturaleza.

Tales palabras, inspiradas, no hay duda, en un honrado convencimiento, predisponen a uno en su favor por poco que simpatice con este género de misticismos y contribuyen hasta donde esto es posible a reprimir la idea que acecha todo el tiempo allá en el plano de la subconciencia, de la distancia considerable que va de las limitaciones intelectuales del joven hindú al destino superior que en mala hora le fué profetizado.

Krishnamurti habla inglés con relativa fluencia y distinción, aunque con bastante acento. Tiene en contra suya, al menos en mi concepto, una irrepressible nerviosidad que casi le hace aparecer igual a una pitonisa en trance, subida sobre su trípode, lo cual a su vez hace que los oyentes noten más la desproporción entre las cosas que dice y la solemnidad oracular como las dice y no puedan, oyéndole, evitar de acordarse de la fábula aquella del parto de los montes.

Mario Sancho

Boston, 20 de marzo de 1930.

Estampas

Difundamos el sentimiento vivo de la patria

(Envío del autor).

Volvemos a Heine. Dimos de él la cita de la libertad. Demos la de la patria. Toda alma extraordinaria señala a los hombres enseñanzas. Y precisa buscarlas en donde estén, hacerles compañía, dialogar con ellas, pedirles que ofrezcan el oro que les confiaron para redención de los hombres.

Heine nos hace vivir el sentimiento de patria de una manera fecunda. De sus relaciones con el pueblo polaco—el pueblo que ha puesto a fulgurar como una constelación ese sentimiento—saca esta observación: «El amor a la patria es entre los polacos la gran pasión, a la que van a parar todas las demás, como los ríos al mar... Un francés que no podía comprender ese sentimiento de los polacos, contemplando una comarca de Polonia triste y pantanosa, se agachó, cogió un puñado de tierra y dijo moviendo la cabeza: «¡Y a esto lo llaman una patria!»

La incomprensión del extranjero por el amor de independencia del polaco, reside, generalizada, en los propios nativos de muchos países del mundo. Para hablar de nosotros digamos que esa incomprensión alienta muchas voluntades criollas. Cuántos hay que miran esta patria como cosa ridícula. Cuántos hay que al ver perturbado su bienestar económico exclaman que «esto debían cogérselo los machos». Y no juzgan a Polonia. Están en la entraña misma de su propia patria. El sentimiento de nacionalidad se les ha muerto y la sangre con su memoria prodigiosa les recuerda que fueron libertos.

Pero hay que oponer a esa tara siniestra un sentimiento vivo de la patria. De lo contrario seguirá cundiendo el liberto que se duele de que no estemos dominados por el poder de afuera que civiliza y riega oro. El liberto no tolera que alguien pueda considerar que el país necesita guardar en reserva parte de su territorio. ¿Para qué, dice el liberto, mantener zonas vírgenes improductivas, si el bosque debe ser talado y realizada la mercancía? Después vendrá el cultivo en gran escala y un florecimiento copioso colmará el esfuerzo. Entreguemos toda zona que el paladar del capital extranjero vaya encontrando propicia para expandirse. Atraigamos ese capital ofreciéndole sin reservas millares de hectáreas de suelo fecundo. No le impongamos tributo de ningún orden. Hagamole sentir nuestro agradecimiento porque ha aceptado la explotación de ese suelo. Y sobre todo, debe comprender que sin él los pantanos del sur o del norte no se habrían podido desecar. En la obra consumió vidas y sumas incontables sin que el esfuerzo tuviera fines de lucro.

No tolera el liberto que las aguas de nuestros ríos discurran improductivas. Representan millares de caballos de energía y como sólo el capital de afuera sabe de administración y desarrollo de

esa energía, estamos obligados a hacerle entrega de todas las fuentes que la produzcan. Inconscientes los que conociendo la existencia de grandes compañías constituidas afuera, especialmente para enseñar a estos países a desarrollar y utilizar la energía eléctrica, les oponen una resistencia tenaz hasta obligarlas a marcharse. ¿Qué había antes de que esas compañías nos consideraran dignos de su favor? Mala luz y peor calefacción. Sin embargo, la técnica de esas compañías nos promete todos los progresos de la ingeniería eléctrica y nuestra terquedad niega apoyo, reduce la acción que deben tener esos capitales civilizadores. En vez de sentirnos ufanos de que la técnica de afuera haya llegado a regar progreso, combatimos esa técnica y nos negamos a dejarla que cobre permanencia.

Y así razona en todos los problemas la mente del liberto. Mientras no nos gobiernen las compañías poderosas del exterior nuestras tierras, nuestras empresas y hasta nuestra economía y nuestra educación, en una palabra todo lo que constituye la patria, la exclamación de desprecio tendrá que seguir siendo: «¡Y a esto lo llaman una patria!»

Pero difundamos con tenacidad el sentimiento de patria. Que penetre el alma del costarricense como única manera de hacerla libre, de que se sienta unidad decorosa, es decir, persona y no esclavo. Nutrido así sabrá darle sentido a la posesión de la tierra. No la enajenará al extranjero conquistador, porque sabe que haciéndolo, de amo se convertirá en subordinado. Porque sabe que sin tierra no hay señorío y esta capacidad sólo la disfrutaban los libres.

Sabrá que las aguas de los ríos de su país no deben entregarse a ninguna dominación extranjera, porque si le da dueño fenicio a la electricidad, encadena un brazo de su independencia. Tomará valerosamente la defensa de la electricidad nacionalizada y verá así que trabaja para las generaciones de lo futuro. A éstas tiene que entregar un porvenir limpio, pues vivirán en una época en que la electricidad ocupará los grandes y los pequeños menesteres.

Difundido el sentimiento de patria, so-

Juan del Camino

Cartago y mayo del 30.

1930

Revista de Avance

Editores:

Francisco Ichaso, Félix Lizaso,

Jorge Mañac y Juan Marinello.

Economía:

Número corriente	20 cts.
Número atrasado	40 cts.
Trimestre	60 cts.
Semestre	\$ 1.00
Un año	1.50
Apartado 2228	La Habana, Cuba

nará cada vez más cavernoso el cínico decir del liberto. Ahora se le escucha a diario invocando la llegada de las fuerzas civilizadoras que mueve el capital extranjero, organizado únicamente para la conquista. Clama por la entrega de nuestras tierras, de nuestras aguas, de nuestras instituciones, de nuestras empresas, de todo lo que pueda halagar la voracidad del amo de afuera. Pero cuando una generación nueva tenga de la patria un sentimiento creador, profundo, esas voces de esclavitud del liberto serán raramente escuchadas. Y sonarán como estridencias despertando la alarma. Será así el reverso del suceso que hoy ocurre.

Sin embargo, esa generación no espere que aparezca por obra de la Providencia. Es preciso crearla para salvar la nacionalidad. El liberto está muy generalizado. Se le escucha y se le sigue, porque es audaz y zalamero. Y la consecuencia de su prédica es este reguero de almas indiferentes, apocadas, abúlicas que dejan pasar los sucesos de transcendencia sin conmoverse. El liberto les grita: «Y a esto lo llaman una patria!» y ellas miran tranquilas que se les denigren sus leyes previsoras, que se las echen por tierra, que las despojen de regiones enteras, que les cierren a la libertad sus rutas aéreas. Confían en que entregando lo que el liberto les pide que entreguen al poder civilizador de afuera, el bienestar material vendrá como por encanto. Si hay crisis económica la manera infalible de dominarla es enajenando tierras para que el pulpo de siempre las llene del cultivo salvador. Es cierto que la digestión del monstruo acaba de abandonar vastas extensiones convertidas en eriales, pero no precisa exigirle que las devuelva al Estado o les dé nuevos cultivos. Tampoco hay que preguntarle si las nuevas que va a recibir tendrán idéntico destino. Nada de eso tiene significación. Lo que importa es que la crisis encuentre un muro de bananos de nueve manos y se entretenga contándolas. Lo que importa es que no perdamos los beneficios derramados por el capital magnánimo.

Y si no aparece la generación que extinga la multiplicación del liberto, estamos amenazados de que la patria se acabe. Démonos cuenta bien del estado mental del liberto. Condena lo existente, no por malo, sino porque no forme parte del dominio del capital de afuera al que él da virtud civilizadora. El capital de afuera puede, como ahora, tener convertida en erial la región atlántica del país, y el liberto hallará que a su tiempo la saneó y es justo que disfrute de una tregua. Si se le dice que la electricidad suministrada por ese mismo capital es cara, dirá que son las consecuencias de la buena administración. A todo vicio de la esclavitud impuesta por el capital dominador, sabrá el liberto encontrarle una excusa. Para él existe una necesidad inmensa de satisfacer su instinto de ser dominado.

Empeñémonos en producir generaciones que sientan el amor a la patria de una manera creadora, profundamente creadora,

Una conversación con Eugenio d'Ors

El Glosario se ensancha en Orbis Pictus

= De La Gaceta Literaria. Madrid. =

Lanzada la noticia de la próxima iniciación de la publicación de las obras de Eugenio d'Ors, y por si este solo hecho no revistiese ya un máximo interés, el título adoptado añade un nuevo incentivo a la devota curiosidad del lector español. La circunstancia de que, al decidirse a la publicación de sus obras, el autor de *La bien plantada* las agrupe bajo la misma denominación *Orbis Pictus*, pintura del orbe, que adoptó Comenius para sus libros, los primeros en que se empleó en pedagogía la enseñanza gráfica, desvela la ávida apetencia y la pluralidad temática que desde un principio adquirió la obra de Ors, proyectada hacia todas las inquietudes del espíritu.

Por todo ello, rindiendo tributo, tanto a la actualidad como a la categoría, nos ha parecido oportuno hacer algunas preguntas a Eugenio d'Ors en relación con este próximo acontecimiento editorial.

Van adjuntas sus respuestas, extractadas hasta donde cabe, y conservando, hasta donde es posible, su sabrosa enjundia:

—¿Qué motivos le han llevado a realizar la iniciativa de la publicación de *Orbis Pictus*?

—En realidad, y deseo hacerlo constar con toda justicia, la iniciativa se debe a Pedro Sáinz, tan alejandrino en el gusto, por la síntesis compiladora, como Heraclio en la tarea de la fundación esforzada. Yo le hablaba únicamente de la publicación de la continuación del *Glosario*; él presentó las cosas con la alternativa de un todo o nada, y yo, no sólo cedí, sino que me fui aficionando a esta idea y a su gustoso placer.

—¿Entonces se trata de la publicación de las obras completas?

—La idea de «Obras completas» confieso que me asusta un poco. Parece incluir una cierta actitud propecta y tiene más de mirada al pasado que de proyección sobre el futuro. No se aviene con mi disposición actual, no considerando terminada mi obra; sino en plena función dinámica. Por eso he soslayado el calificativo de obras completas para darme a mí mismo tiempo de irme acostumbrando. Aparte de esto siento un gusto especial por esas tareas de revisión que aumentan la idea de conciencia y, por tanto, de lucidez. Además, como la colección *Orbis Pictus* está pensada de tal suerte que en ella lo nuevo se irá ligando a lo antiguo, yo no veo en ella un aire de estante de biblioteca o vitrina de museo, sino que la considero como un organismo vivo donde las adquisiciones del futuro se injertan en el caudal constituido por el pasado.

¿Qué grandes direcciones abarcará la colección?

—Puede decirse que, en realidad, no escribo, ni he escrito más que tres obras: una en la que quisiera exponer mi pensamiento reducido a unidad, es decir, a sistema de filosofía y voy dándola en

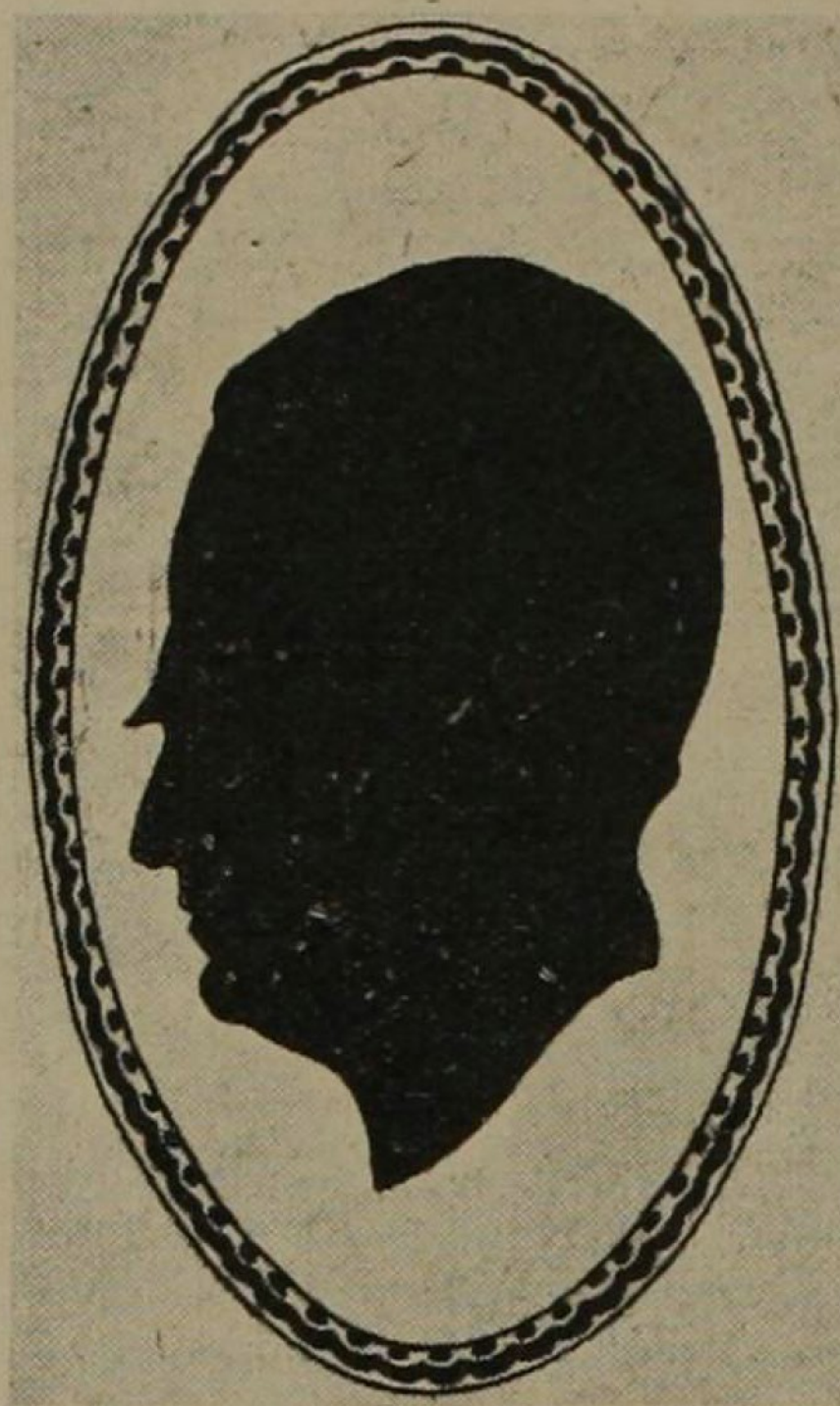
lecciones; cada lección, un capítulo. Contrariamente la segunda obra se encara, no con una exigencia de unidad, sino con la libre diversidad del mundo y de la vida; este es el *Glosario*. La tercera obra se refiere a una lucha que podríamos llamar pública, por la cultura, y que iniciada en Cataluña se ha extendido ya, en sus andanzas y aventuras, por otras tierras.

—¿En *Orbis Pictus* se incluirán obras relativas a cada una de estas cardinales orientaciones de su labor?

—Naturalmente; se alternará en dicha colección la varia labor, procurando que el conjunto recoja los distintos aspectos a que ha respondido mi esfuerzo de tantos años.

—¿Qué criterio se guardará respecto a obras de usted aun no publicadas en castellano?

—Un aspecto especial, dentro del problema de la ordenación de la unidad del conjunto, viene dado por las obras no escritas originariamente en castellano y también por aquellas otras que, aun habiéndolo sido, se han visto exclusivamente publicadas en lengua extranjera, con el original, que nunca ha pasado a ellas de manuscrito, perdido, extraviado, disperso y, por decirlo así, consumido... Más de uno de mis trabajos ha podido recordar, en este detalle singular de su elaboración, lo que, en el oficio de las funciones, se llama *reproducción a cera perdida*, donde el modelo perece abrasado, en beneficio de la estatua en bronce. Este es el caso, por ejemplo, de la reciente *Vie de Goya*, publicada exclusivamente en francés por la *Nouvelle Revue Française*, de cuya versión, debida a M. Carayon, un hispanista emérito, se están ahora sacando las diferentes traducciones a otras lenguas europeas. Los primeros capítulos de esta obra habían sido traducidos por Valery Larbaud, que tuvo la idea de que fuese yo quien es-



cribiese el libro y que, a principio del año pasado, simultaneaba su trabajo de versión con la del laberíntico *Ulysse*, de Joyce... Por cierto, que nunca le perdonaré a Joyce el haberme privado de tan selecto intérprete. Porque, culpa de Joyce fué y de su enrevesada manera de escribir, la enfermedad que al pobre Larbaud sobrevino, hija de la fatiga extrema que el penosísimo trabajo sobre un texto, que sólo hasta cierto punto puede llamarse inglés, le procuraba... Sí, culpa de Joyce, y no mía. ¡Lo mío, por más que se ande diciendo y bromeando por ahí, era de claridad meridional! No digo ya al lado del *Ulysse*, sino de cualquiera de los relatos biográficos incluidos en la colección de la *N. F. R.* La prueba es que, con una unanimidad verdaderamente demostrativa, todos los críticos extranjeros que han hablado del citado libro y de los míos anteriores, vertidos a lengua francesa, han creído hallar ocasión de encomio, ante la nitidez de la interior economía de esas obras, y de la expresión en que el pensamiento se revelaba.

—¿Son muchas las obras que le han sido traducidas a otros idiomas?

—Estas traducciones han empezado por las obras relativas al Arte, iniciada por la de *Tres horas en el Museo del Prado*, que tradujeron y prologaron con gran conocimiento de causa Juan Serrailh y Madame Serrailh. Actualmente, M. Serrailh profesa en Madrid con la misma elegancia y conocimiento de causa que él y Madame Sarrailh pusieron en la traducción de mi obra.

—¿Y en el aspecto filosófico?...

—A la traducción de las obras de estética ha empezado a seguir la de las filosóficas, iniciándose ésta por la de aquellos trabajos que más cercanamente tocan a cuestiones políticas o al estudio teórico y polémico de la Cultura... La primera publicación de este orden ha sido, pocos meses ha, la de *Coupole et Monarchie* por los *Cahiers d'Occident* de París. El combate por la universalidad y la pugna contra las estrecheces nacionalistas han hallado expresión, también en Francia, con la publicación de los *Jeux de Rome et de Babel*, por la *Revue des Vivants*. Esta Revista me ha designado para formar parte del Jurado en el concurso para el gran premio internacional que ofrece a la mejor memoria para el estudio de la organización de los Estados Unidos europeos. Por cierto, que el plazo del concurso acaba de cerrarse, y he de ver, ahora, en París, cómo se entiende que el Jurado entra en funciones.

—¿En este mismo aspecto qué otras actividades de usted han tenido repercusión en el extranjero?

—Los trabajos sobre teoría de la Cultura han hallado sobre todo traductor en Alemania. Allí se imprime estos días, a cargo de la *Europäische Revue*, un trabajo sobre las *Perspectivas de la Cultura en el siglo xx y ctro*, traducido

Otoño de 1876. Un tren en marcha hacia Génova. La señorita Isabel von de Pahlen tropieza en un angosto vagón con cierto joven compatriota, de aire enfermizo, profesor en uso de licencia, que ha escrito algunas *Consideraciones inactuales*, poco conocidas y *El nacimiento de la tragedia*, algo más conocido. El profesor se ha instalado tímidamente entre Isabel y otra dama alemana de más edad. Como este joven viajero ha pensado alguna vez que siempre será mejor autor aquel que se avergüence de ser hombre de letras, oculta su condición de publicista; pero hace patente su calidad de genio. Durante toda la noche están hablando Isabel y el profesor; sólo dejan en la charla los precisos momentos para que en el silencio madure mejor alguna idea. Él habla y calla como nadie en Alemania podrá callar y hablar; ella «quedará para siempre deslumbrada».

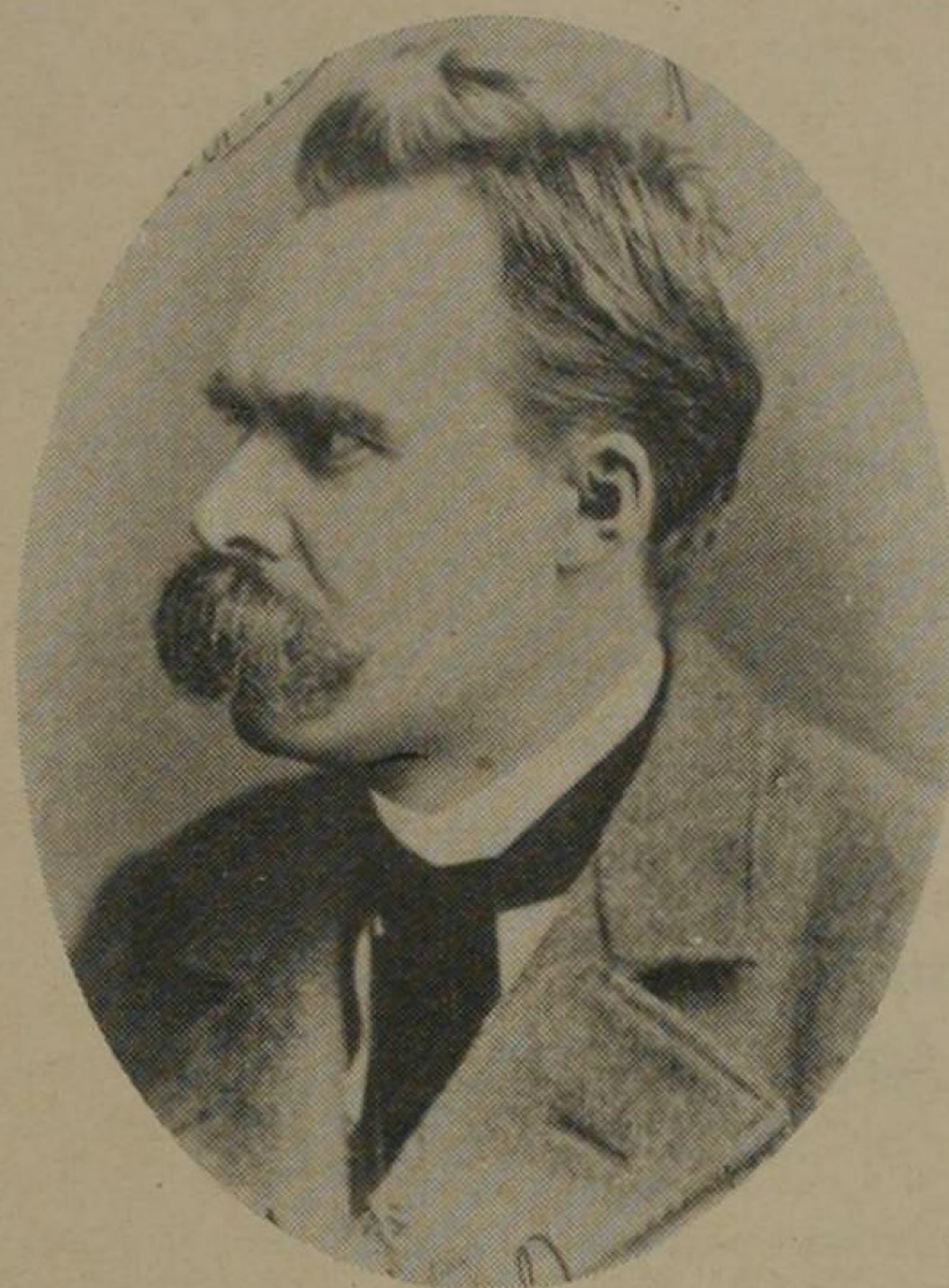
Así, prendido a los ojos de una mujer, acribillando la turbia noche del vagón con puñados de ideas incandescentes, llegó al Sur Federico Nietzsche. Esta jornada y otras posteriores del filósofo nos la refiere Guy de Portalés en su reciente libro *Nietzsche en Italia*. Libro sabroso de leer, como todo lo que un espíritu discreto sea capaz de añadir a los recuerdos del formidable autor de *Zaratustra*, cuyo nombre «los ángeles no pueden leer sin estremecerse»—escribe Sánchez Rivero—. Cuando Guy de Portalés nos habla del equipaje de Nietzsche, apunta: «Los manuscritos que lleva encerrados en su maleta son una dinamita capaz de hacer saltar la tierra».

Hacerla saltar de alegría. Porque, ante todo, este viajero nunca abandonado por su sombra, lleva la muerte consigo; es decir, lleva consigo la profunda alegría de haber hallado al vivir un sentido: el optimismo. Nietzsche, perpetuo moribundo, proclama rotundamente la alegría de la vida, porque son los felices, son los afortunados quienes más piensan en la muerte, quienes verdaderamente la temen, para quienes la muerte es una atroz perspectiva; en cambio, los enfermos, los miserables, no tienen derecho a ser pesimistas, dirá el mismo Nietzsche alguna vez.

Este viajero trae en la maleta el explosivo que ha de hacer añicos el viejo

El equipaje de Nietzsche

= De La Voz. Madrid =



Nietzsche

miedo a la muerte, junto con esa dosis de suave melancolía que acomete al hombre de hoy: la de no poder vivir lo bastante para conocer las maravillas del pensamiento y del mundo. Nietzsche entra en el Sur; también el Sur va entrar en él: estos viajes han sido siempre definitivos para la transformación de un espíritu. El Norte ha sido para él «una larga escuela libresco»; el Sur hará de Nietzsche una perenne escuela de pensamiento libre.

Aquí tiene su equipaje nutrido de ideales explosivos. El sol prenderá en ellos, la chispa no tardará en brotar. Bajo una bóveda tejida de relámpagos tomará *Zaratustra* posesión de la inteligencia contemporánea. El Norte hizo de él un filólogo y un filósofo; el Sur hará de él un poeta. Nuestro Sánchez Rivero—número LXXV de la *Revista de Occidente*—nos lo presenta apoyado en el pretil del puente de Rialto. «El rasp de la superficie se desgarró bajo la cuchilla de los vaporcitos, y en las riberas se apaga el chapoteo de

Benjamín Jarnés

un incipiente oleaje... La melodía veneciana pone en vibración el alma de Nietzsche, fino instrumento eolio. Un soplo misterioso llega de repente y arranca a sus cuerdas resonancias insólitas... El escenario de Rialto se transforma mágicamente en un templo... Y en este templo «mi alma—escribe el mismo Nietzsche—, acorde de arpa, se cantaba invisiblemente conmovida un canto de gondolero, en silencio, estremecida por confusa felicidad... ¿La oía alguien?» Más tarde, cuando el filósofo, ya loco, era llevado a Alemania, le oyeron cantar desgarradoramente la canción de Rialto.

El equipaje de Nietzsche nos trajo un nuevo sentido de la vida. Antes que animal sabio o animal religioso, el hombre es un animal que vive—viene a decir Guy de Portalés—. Y Nietzsche es un hombre que, ante todo, se siente vivir, y al mismo borde del no vivir, *en pleno período agónico*—como, en otro sentido, nuestro Miguel de Unamuno—, porque la muerte es la mejor atalaya para contemplar la vida, no sé que luz alucinante nos arrastra, ya con un pie en el estribo, a volver la cabeza y dominar de un golpe, en plenitud, todo el paisaje vital que nos despide; a estrujar—también—los jugos últimos, a avizorar en lo más menudo y olvidado; a temblar, en fin, de júbilo cada mañana en que aún nos sentimos vivir. Y vivir, para Nietzsche, pobre, ignorado, enfermo, amenazado de ceguera, de locura, no pudo ser otra cosa que extender por el mundo su magnífico tesoro mental cuyos gérmenes ya bullían en la maleta, en unos manuscritos comenzados a emborronar en Alemania. Vivir era para él reflexionar, construir. Construir sólidamente, ante todo; porque «construir es afirmar que se vive fuertemente».

Nietzsche—el camarada de esta feliz Isabel von der Pahlen que pudo oírlo charlar durante toda una noche—traía en el vagón lo que acaso él mismo no sospechó en aquellos días: traía las larvas del pensamiento filosófico contemporáneo, los gérmenes de toda rebeldía actual. Con la llama del Sur palpitaron, nacieron, crecieron, se multiplicaron e inmortalizaron. No pudieron sospechar nunca los aduaneros tradicionales que tal contrabando viniese escondido en el equipaje de Nietzsche.

por el Dr. Stothoefer, de Francfort, sobre el concepto de Nación.

—¿Se trata de esfuerzos coordinados con alguna organización cultural?..

—El movimiento de las Uniones Intelectuales ha prestado apoyo a muchas de estas concepciones, por las cuales—añade con cierta pulida vehemencia—quizá un sentir español se derrama en el ancho mundo. Ya sabe usted, por otra parte, que esta manera de pensar no es en mí reciente ni hija del favorable ambiente que encuentra en el actual espíritu europeo. En la hora menos propicia, en medio de la atroz ruptura de la Gran Guerra, recuerda usted que hube de fundar, solo entre la indiferencia y hasta los denuestos, el grupo de

los que llamé entonces *Amigos de la unidad moral de Europa*, y elaborar su programa.

—¿Otras traducciones?

—En este momento se prepara, en algún núcleo universitario, el trabajo de traducción y comentario acerca de otros grupos de los que forman el acervo de mis peculaciones de filosofía y hasta de lo relativo al sistema, sobre el cual trabaja, adoptando la forma fecundísima del diálogo, el ardor nunca bastante alabado de Frederic Lefevre... De la labor propiamente literaria están a punto de aparecer las primeras muestras, un *Jardín de plantas*, compuesto de narraciones traducidas admirablemente por Jean Cassou. Esto es lo primero en libro: an-

tes había venido, publicadas en Revista, la *Oceanografía*, por Francis de Miomandre; el *Caboche*, por M. Legrand; los *Bodegones*, por Valery Larbaud... Una antología, que ha de publicarse en Italia, corre a cargo del excelente escritor Mario Puccini...

Noticiosos de la labor que como profesor y conferenciante va a reanudar Eugenio d'Ors, abordamos este tema, y aludiendo a las facilidades de comunicación a que ha llegado con gentes de varias lenguas y países, nos dice algo por este estilo:

—Siempre tengo presente a este propósito, el que dicen milagro de nuestro San Vicente de Ferrer, quien era de alma tan ardorosa que, predicando en

tierras extrañas y ante gentes de distinto origen y lenguaje, no sólo parece que se daba a entender a la vez de todos, sino que se asegura era tal comprensión tan completa que, el sermón terminado, cada uno aseguraba y porfiaba haber sido la suya propia la lengua que había hablado el santo. Lo que que no he afrontado aún, en estas conferencias, son públicos de lengua inglesa. Acaso pronto me atreveré, aunque, por muchas razones, me asustan las invitaciones que proceden de los Estados Unidos. ¡Pero Cuba, donde también debo profesar, está tan cerca de éstos! Lo de la Habana no ha de ser conferencia, sino un curso sistemático. También tiene carácter de curso lo que doy a la Ecole du Louvre, donde el año pasado

expliqué la escultura policromada española, y el que viene pienso explicar la evolución de la crítica de arte.

Finalmente, recordando la condición académica del autor del *Glosario*, nos atrevemos a preguntarle si prepara ya su discurso de ingreso en la Real Academia Española. Como todas las suyas, también es rotunda su respuesta a nuestra pregunta.

—Sí, y versará sobre el tema: *Dialecto, lenguaje y sobrelenguaje*.

Respecto a él, nos hace el Sr. d'Ors muy jugosas e interesantes anticipaciones; pero ello nos parece adecuado para ser conocido en otro momento, más próxima la entrada en el vasto recinto académico de este escritor de tan variadas y universales apetencias.

Cartas Hiperbóreas

El crepúsculo de las dictaduras

y 2.—Véase la entrega 17 del tomo en curso.

Excepto el caso italiano—y no olvidemos que se trata de una monarquía—ya que en Portugal comienza la evolución y en Polonia termina—las dictaduras entran en la zona crepuscular...

Como una última llamarada que amenaza consumir pero que está consumiéndose, la llamada «dictadura» del proletariado—o sea una minoría stalinista apoderada del mundo—ilumina con un fantástico resplandor de incendio.

Pronto serán carbones apagados, cenizas de la legislación improvisada los que señalen el paso evolutivo de la gran nación semiasiática: este fué un gigantesco ensayo, el mayor que se haya visto jamás.

Pero del lado del hemisferio hispano ya la esperanza sacude sus alas entumecidas tras este funesto par de lustros de la post guerra.

Y en Colombia, donde cerníanse graves preocupaciones hoy se columbra una renovación vigorosa. El viejo, el clásico, el casi inexpugnable partido conservador, dividido y debilitado por los elementos mismos que lo integraron, ha abierto paso a un candidato nacional, a un candidato liberal que no fue a la refriega del poder sino que permaneció espectante, casi rehacio mientras no viese el verdadero móvil y la tendencia real del pueblo colombiano. En sesenta días el voto de sus compatriotas le trajo, desde Washington hasta el Palacio de Bogotá, en un solo ímpetu arrollador, en tanto que arriaba a su bandera de casi medio siglo de mando el antiguo y al parecer inamovible partido conservador.

Es consolador a esta hora de América hispana, mientras en otros países vecinos se ultraje de un modo cínico y absurdo el derecho de los pueblos a darse el gobierno que deseen, es acaso un momento excepcional en la vida pública de ese continente afligido hasta ayer con la perspectiva de una inacabable serie de dictaduras.

Con el mismo ímpetu con que se han lanzado a entreapoyarse los tratadistas oficiales y oficiosos del régimen cesáreo, con la misma devoción se aplicarán a considerar la nueva faz que van presentando

las cosas; y a medida que las crisis económicas en unos países y las democráticas en otros vayan movilizando sus fuerzas negativas para la resistencia en igual sentido la ola renovadora avanza. Antes de un par de años las dictaduras hispanoamericanas casi todas habrán pasado de la ofensiva a la defensiva... Hasta ayer, han estado apoderadas de los hilos del cable para informar al mundo a su manera y de las cuerdas del régimen para estrangular dentro, con su sistema. Hoy las circunstancias son menos propicias. Hubiera sido una pena más que otra nacionalidad bolivariana cayese—si bien por pendiente más suave—hacia el paternalismo con espuelas, paternalismo de gallo, que se estaba ya haciendo moda.

Algunos se preguntan desolados por qué es ese vértigo en ciertos elementos jóvenes hoy o mentalidades avanzadas ayer para lanzarse con un banderín de doctrina adaptada o adoptada a la aprobación y a la aclamación de los regímenes de fuerza personalista. Es fenómeno frecuente en pueblos jóvenes. Se denomina impaciencia, ansia de no quedarse postergados.

Postergarse! he ahí el verbo que horroriza a la garrulería política y literaria en los tropicos... Podrían sufrir hasta enfrentarse por temporadas o en ciertas etapas en que parece posible que hayan llegado al final de lo que se ataca... Aun llegarían a erguirse con un decoro público—eso sí público, que conste, que se sepa, que se aclame contra los tiranos y las tiranías; pero si los tiranos «viles» tienen la vida dura y las «tiranías abyectas» convierten en una normalidad de forma su monstruosa anomalía de fondo—como esos señores muy serios y muy dignos y muy cuellaltos que se encuentran por ahí y son... hermafroditas, entonces el protestador «formidable», el «escritor viril» comienza por el escepticismo—no de los hombres, que ese es fuerte y de buena Ley—sino de las ideas que es la forma de irse pasando al enemigo sin que se note mucho.

Un buen día se ponen una casaca

José Rafael Pocaterra

(Envío del autor)

diplomática o endosan la chupa del periodista oficial, y ya tenemos en el renegado un doble adversario que se envenena contra la libertad cada vez que piensa como a ella le debe el mismo banco, la base misma con que negoció con sus ideales.

Los gobiernos anormales suelen emplear mal y a puntapiés a los que nacen a la vida pública entre las patas de las poltronas burocráticas. Es de lo que se quejan siempre los infelices:

—Yo que tengo veinte años adulando! Ahora llega X que hasta ayer puso «al general» «al doctor» como un suelo y... ya ve: ¡sale de ministro!

En cambio el favorecido—desde el mismo favor—se venga del pobrete que se quedó del lado abajo de la corriente.

Como en la percha en donde duermen las gallinas, que las que están arriba...

Postergarse! Verbo que es la piedra de toque de los ideógrafos con ansia de celebridad.

Hay momentos en la larga vida de lucha que significan una soledad espantosa: el enemigo combatido se tiene, triunfador, de frente; al lado vuestro y detrás, a un grito de alarma, o por abatimiento o por cálculo falso de probabilidades, todo el mundo huye, se disimula, se disculpa, se esconde; y a favor del crepúsculo, los que espiaban con el puñal alzado sobre vuestra espalda, se lanzan al asalto.

Quedarán más débiles, más agotados, más desprestigiados, pero ello toma tiempo. Y los que asignan al momento propicio una importancia determinada y falsa creen por un instante que todo ha terminado.

Es un espejismo de la lucha. Un mundo más lejano contempla el conjunto; y a la distancia es como se ve mejor la alevosía de los individuos y la inconsecuencia estúpida de los grupos.

Permanecer, cuando se está dentro del decoro de una actitud precisa, sin veleidades; de tres días ni pesimismo suicidas, permanecer fríos y tranquilos ante la dentellada que se viene a nosotros y que termina en el entredevorarse de canidia, permanecer, ecuaníme y sereno cuando parece todo más sombrío y las improvisaciones semejan consagraciones, permanecer dentro de sí, con la conciencia del deber, aunque una turba vocifera dentro y fuera de casa, he ahí la virtud esencial del hombre que se respete.

No ha sido la aclamación interrumpida la que acompañó en su carrera a los hombres que valieron algo...

Del seno mismo de la negación, de la anarquía, de las ambiciones más vulgares, la hora llega, y con la hora, un índice de luz, como rayo de faro en el tumulto oscuro y sordo de las olas.

Y Olaya Herrera surge—aun contra su propia voluntad de surgir—por la misma actitud de desprendimiento, de alejamiento y de comprensión que significa guardar el decoro del silencio ante la hostilidad fuerte del adversario y de la agresión insensata del camarada que no tuvo fe.

Si los hombres responden a sus antecedentes, Olaya Herrera hará un gobierno colombiano en Colombia.

Hablemos, pues, para terminar, de las personas.

También acerca del maestro conviene combatir un fetichismo. Consiste en creer, como cree la generalidad, que hay categorías en la función educadora; que hay una jerarquía docente que va aneja al cargo; que hay, en suma, varias Pedagogías, una superior y otra inferior, cuando no también otra intermedia.

No voy a negar, como comprendéis, que existe semejante serie gradual en nuestro organismo administrativo y en el de todo el mundo; lo que niego rotundamente es el valor de aquel prejuicio que en la conciencia social hoy, históricamente, está arraigado, y de donde procede esa uniforme común organización del Cuerpo docente, a saber: que para la función del maestro de escuela, basta una formación pedagógica elemental o inferior; mientras que a la esfera universitaria corresponde, por necesidad, una Pedagogía superior, de orden más elevado. Notad bien que digo *formación pedagógica*, con lo que entiendo referirme puramente al elemento profesional, al que corresponde sólo y exclusivamente al maestro y al profesor, como órganos de la función pedagógica; no hablo, por tanto, de mera cantidad de saber ni de cultura. Y, en aquel respecto, quiero decir, en el de educador, ¿qué más ni qué otra cosa, en lo esencial, en lo permanente de su función, corresponde hacer al solemne catedrático de universidad, que no corresponda igualmente a la humilde maestra de párvulos? Pues qué, ¿cambian, por ventura, en algo que sea sustancial de uno a otro grado, ni el sujeto, ni el objeto, ni el fin de la educación, ni, por consiguiente, el valor y la trascendencia de la obra educadora? ¿No es el mismo hijo, todo él, de una vez, íntegramente —que no parte distinta, inferior o superior en cada caso— lo que confiamos, así a la universidad como a la escuela? ¿No exigimos de ambas idéntico interés y tacto pedagógico y no pedimos, a una como a otra, que nos devuelvan al hombre sano, inteligente, honrado laborioso, apto para la lucha de la vida, accesible a todo noble ideal? Si en la edad del alumno, que es lo único que cambia, hubiera de fundarse el pretendido orden jerárquico de la función docente, iríamos al absurdo, que todos rechazaréis, de considerar al médico de niños inferior al de adultos.

No comparéis al catedrático y al maestro de escuela con el ingeniero y el sobrestante, o con el arquitecto y maestro de obras; porque no existe analogía entre unos y otros. El sobrestante, el maestro de obras, el contramaestre, son etapas subalternas, gra-



Qué hora es...?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugerencias, ejemplos, incitaciones, perspectivas, noticias, revisiones...

De la escuela, del maestro y del material de enseñanza...

Gastad, gastad en los maestros

=Parte de la conferencia *El maestro, la escuela y el material de enseñanza*, dada en Bilbao con motivo de la Exposición Pedagógica en agosto de 1905. Ediciones de *La Lectura*. Madrid=

y 3:—Véanse las entregas 15 y 16 del tomo en curso.

dos inferiores, suspensiones, tal vez, de desarrollo en un proceso que conduce, como último término, al ingeniero y al arquitecto. No cumplen aquéllos función independiente; son simples órganos preparadores, ordenadores, ejecutores, meros cumplidores, en suma, de aquel particular fin que en el total de la obra tienen

La jornada de Cossío

= De *El Sol*. Madrid =

No sólo con interés, sino con simpatía, he visto el precioso librito que ofrendan sus discípulos a D. Manuel B. Cossío al ser jubilado de su cátedra de Pedagogía y de la dirección del Museo Pedagógico. También en lo afectivo *habent sua fata libelli*. Rigen para los libros simpatías y antipatías. No están fuera del reino del amor, en que el odio es el diablo. Al remover nuestra sensibilidad pueden provocar un sentimiento más cálido que el *amor intellectualis* cristalino y frío que nace del placer grave de la meditación. Hasta puede ocurrir que se separen en casos o en momentos la admiración y la simpatía. Para mí hay un Dostoiewski antipático, aunque siempre genial, como hay otro Dostoiewski, más frecuente, profundamente conmovedor y simpático. Son el mismo gran escritor ruso, y, sin embargo, ¡tan diferentes!

La simpatía que me inspira el libro dedicado a Cossío por sus discípulos no nace sólo de la que siento hacia la persona y la obra de este eminente educador. A esta fuente primera se suman otros orígenes. Uno es que en este homenaje se manifiesta el sentimiento del respeto, del respeto noble a las verdaderas superioridades, que juzgo indispensable para la vida civilizada. Entre nosotros hace mucha falta fomentar el sentimiento del respeto. Los pueblos que han padecido los achaques desmoralizadores del servilismo son en el fondo los menos respetuosos y los mejor preparados para todas las anarquías. Desconocen las verdaderas jerarquías, como si el hábito de inclinarse ante las falsas hubiera perturbado su óptica. A lo cual se agrega el que, en tiempos en que circula tanta moneda falsa de la inteligencia y mete tanta bulla la pedantería, es grato ver honrados los verdaderos valores del espíritu por el afecto casi filial del discípulo.

Hasta en su forma material es simpático el libro. Es una primorosa edición: un breve volumen en octavo, encuadernado en tela inglesa, de irreprochable gusto tipográfico, presentado con una sencilla y sobria elegancia, muy a tono con la obra que recuerda al extractarla. Lleva al frente una reproducción del retrato de Cossío pintado por Joaquín Sorolla y Bastida en 1908, y donde el pintor ha sorprendido el carácter del modelo, marcando dentro de la gravedad de la figura cierta expresión infantil que es como el reflejo de lozanía de las vidas puras, y que también se observaba en el semblante de Giner, tan distinto físicamente de su discípulo y continuador, pues D. Francisco era todo vivacidad, y Cossío tiene cierto aire de ensoñación.

No se expresará mejor con otras palabras que las de su

(Pasa a la página 304)

asignado; y subordinados quedan, por tanto, al creador y director de la obra entera ingenieril o arquitectónica. Pero el maestro de párvulos realiza una labor tan sustantiva como el catedrático: porque tiene encomendada y ejecuta, al igual que éste, no una parte, sino toda la obra educadora, en uno de los momentos de su proceso evolutivo. Comparadlos, pues, si queréis con el labrador que cuida el vivero y con el que atiende a los árboles hechos, y veréis que no existe aquí tampoco, no puede existir, esa pretendida subordinación ni orden jerárquico entre los distintos períodos de la obra educadora.

Ya sé yo bien, como dije antes, que semejante subordinación existe, por desgracia, en la conciencia social y en la vida. Razones hay que la explican, aunque ninguna la justifique. Y la primera de todas consiste en los humildes orígenes de la enseñanza elemental, nacida al calor de la caridad y la beneficencia, así como en la confusión que se establece entre el modesto exiguo saber que necesariamente la acompaña y las condiciones que ha de tener el maestro primario. El organismo de la enseñanza procede de un origen oligárquico, como probablemente proceden los demás organismos. El primer grado que en nuestra moderna sociedad cristiana se organiza con independencia, corporativamente, es el superior. Al alborear el siglo XIII, maestros o alumnos, reunidos en corporación, crean la Universidad, como uno de tantos gremios. En el renacimiento, y en señal de protesta del nuevo espíritu contra el viejo escolasticismo, aparecen, desprendiéndose de la Facultad de Artes, los Estudios de Humanidades, origen, luego, de la segunda enseñanza. Y sólo al finalizar el siglo XVIII, organizóse como función pública y sustantiva, no ya meramente caritativa y benéfica, la primera enseñanza. El proceso es lógico. Condénsase, ante todo, el núcleo, de saber aristocrático, el menos numeroso y el más intenso. El saber, patrimonio, al principio, del menor número, desciende luego al resto de los hombres, y fúndase la jerarquía de la enseñanza, como es natural, sobre la base de la cantidad del conocimiento en cada grado. Establécese que todo el mundo tiene el derecho y el deber de instruirse. Siembránse las escuelas. Necesítanse maestros; y como, para enseñar poco, es lo más fácil, sea o no exacto, pensar que no hace falta saber mucho y los recursos económicos faltan, quiero decir, la sociedad no advierte, no siente que sean necesarios para tales fines, nace el maestro de escuela al nivel de la última clase de jor-

naleros y con la inferioridad y desconsideración consiguientes en una sociedad como la nuestra.

A este rebajamiento, en relación a otros grados de la enseñanza, ha contribuido, además, la funesta arbitraria escisión establecida por la pedagogía romana entre la educación, propia del pedagogo, y la enseñanza, que toca al profesor. *Instituit paedagogus*, dice Varrón, *docet magister*. Semejante prejuicio impera todavía, y no es extraño oír a diario, con esa fuerza dogmática que adquiere todas las fórmulas simplistas: «al niño se le educa, al joven se le instruye, al hombre se le enseña», cuando, en espíritus tan superiores como Paulsen, tienen también su clara resonancia. La educación, en tal sentido, es cosa algo inferior, que corresponde sólo,

de un lado, al niño, y de otro, al pedagogo; es decir, al esclavo en la antigüedad; entre nosotros, al maestro de escuela.

Posición del problema hay más moderna, que deprime igualmente el maestro. La de aquellos que piensan que la enseñanza, como la educación, son funciones de todos los períodos de la vida, y que educar deben, a la vez que enseñar todos los maestros, desde el de párvulos hasta el catedrático. Pero tienen un concepto mecánico de la educación, y es el reinante, que consiste en considerar al niño como un bloque, al cual hay que desbastar y dar forma. Así, para los primeros momentos basta un cantero; luego viene el esbozador, que saca de puntos, y, final-

mente, queda al escultor el perfeccionamiento de la obra, la tarea más fina y delicada. Ya comprenderéis, en el orden de la educación, quién es el cantero.

Este absurdo criterio invade toda la vida. Por él confiamos nuestros hijos, en sus primeros años, que son los más críticos, a la criada más joven e inútil, a la última en el servicio doméstico; por él buscamos, para iniciarles en el conocimiento y en la vida, que es la labor más trascendental y difícil, a los maestros más baratos, que es sinónimo de los más ignorantes; por él nos contentamos, para el maestro de párvulos y para el elemental, con una ínfima preparación rudimentaria; por él amontonamos en nuestras escuelas, a modo de rebaños, niños y más niños. Todo por este perturbador prurito intelectualista de la cantidad de saber, que nos envenena; olvidando que no estriba en la *cantidad*, sino en la *cualidad*, toda la eficacia de la obra educadora; y que no es un muerto bloque de piedra lo que se nos entrega, sino un ser vivo, activo, cuyos primeros momentos de desarrollo son los más difíciles, los que exigen más tacto, más delicadeza, más prudencia, más saber, sí; no de gramática, ni de aritmética, ni de lenguas sabias ni de alta metafísica, ni de reconditeces eruditas; más saber profesional pedagógico, porque de los estímulos que el niño recibe, del ambiente que entonces respira, pende su porvenir y el de su pueblo.

Cuando de esto nos convenzamos, cuando nos hagamos íntimos de este sentido y lleguen tales verdades a la conciencia universal, miraremos con asombro lo que hoy, salvo consoladores, aunque débiles y esporádicos signos de protesta, hace, por lo que toca a este punto, la humanidad en todas partes. Entonces, persuadidos de que el proceso educativo exige la mayor atención individual en sus comienzos, entregaremos muy pequeños grupos de niños a las escuelas de párvulos y a las elementales; enviaremos, como misioneros, de la educación, los mejores maestros donde son más necesarios, a las escuelas rurales, donde hay menos recursos de cultura, y desaparecerá la jerarquía docente, porque daremos a todo el profesorado, no la misma cantidad de instrucción, pero sí la misma superioridad en aquella que le haga falta; y le retribuiremos igualmente, y gastaremos en ello, yo os lo aseguro, cuanto se necesite; que los pueblos no dejan de gastar por no tener recursos, sino cuando no sienten la necesidad de gastar, cuando no están convencidos de la bondad del gasto.

No importa ahora, ni sería ésta la ocasión de decirnos cómo ha de hacerse tal preparación superior de todo el magisterio. Por de pronto, la medicina nos ha enseñado el camino, nos ha dado la fórmula. Suprimió los médicos y los cirujanos «de segunda clase». Hagamos lo mismo. Demos a todos los maestros una misma educación profesional, dentro o fuera de la universidad, pero universitaria, como en algunos países, Alemania y Estados Unidos sobre todo, comienza ya a hacerse. Y mientras esto no suceda, mientras no dignifiquemos la profesión y desaparezcan las categorías del profesorado, que imponen al maestro primario una ca-

Sonetos

(Envío de la autora)

He mirado del mundo la belleza...

He mirado del mundo la belleza,
la Vida nuevo rostro me ha mostrado,
hasta en el lodo descubrí pureza
y descubrí virtud en el pecado.

Supe lo que es dolor, ansia, tristeza,
que la miseria humana me ha agobiado,
mas pude hallar a Dios, en su grandeza,
brillando en toda forma de lo creado.

Y aunque bebí a raudales la amargura,
también fue incomparable mi alegría,
y me dulcificó toda dulzura

y me bañó en su luz toda armonía.
¡El alma casi se escapó en un grito
cuando así me empapé de lo Infinito!

Prodigio

Porque supe buscar, y esperando, creía,
al fin mostró la Vida su místico sentido,
y fué cada rumor y fué cada sonido
una nota divina de la inmensa armonía.

¡Belleza incomparable que el alma descubría!
¡Música universal vibrando en el oído!
Del corazón dichoso era cada latido
un canto de confianza y un grito de alegría.

Los ojos, asombrados, miraban a Dios mismo
llenando plenamente todo el azul abismo,
—átomo, luz y forma, y perfume y color—

Mi mano, pequeñita, pudo tocar el cielo,
acariciar los mares y bendecir el suelo,
¡que era Dios, en mi pecho, viva llama de amor!

Alma

Alma que Dios me ha dado, emoción, pensamiento,
que se me hace sollozo amargo en la garganta,
un beso tembloroso que se pierde en el viento,
un suspiro anhelante y una alondra que canta.

Ilusión, en la frente, que matiza el momento,
voluntad, en el pecho, que el esfuerzo agiganta,
pureza en el deseo, luz en el sentimiento,
alma que me has tornado a veces casi santa.

Has guiado mis pasos por caminos benditos,
has llenado mi carne de anhelos infinitos
y en la lucha perenne vas dominando el mal.

¡No importa si te niegan los que jamás te
vieron,
porque en sus pobres cuerpos hasta hoy no
sintieron
alma, tu pura esencia divina e inmortal!

Por siglos y por siglos...

Por siglos y por siglos en la piedra he dormido
y en la arena menuda, bajo el agua plateada.
En el árbol robusto por siglos he vivido
y en la yerba de seda y en la flor encarnada.

Me arrastré con la oruga por la tierra mojada,
y busqué, con el ave, hebras para mi nido,
y entre la selva inmensa, oscura y perfumada,
como la fiera tuve un rincón escondido.

Hoy, estos ojos míos lloran con todo llanto
el dolor de los hombres, y celebra mi canto
de todos el amor, de todos la alegría.

¡No hay una sola vida que no sea la mía!
¡Y siento que aquí llevo, del alma en lo profundo,
vibrando todo entero el corazón del mundo!

Vida

Vida, yo te bendigo, porque mis ojos pueden
admirar, asombrados, la belleza que existe;
porque encuentran misterio y amor en toda cosa
quizá porque en su luz mucha ilusión pusiste.

Vida, yo te bendigo porque mi boca puede
decir palabras dulces, y reír y rezar.
Yo te bendigo, Vida, porque la boca mía
también sabe besar.

Porque mis manos son tiernas en la caricia
y ahora se me han vuelto hábiles y hacendosas.
Yo te bendigo, Vida, porque trabajan bien
estas manos nerviosas.

Porque para escuchar todo canto y sollozo
muy fino y vigilante me diste el oído;
porque no tiene miedo del camino escabroso
este mi pie atrevido.

Yo te bendigo, Vida, por todo el cuerpo mío:
carne, nervios y sangre, y sentidos y voz.
¡Cuerpo de barro oscuro donde se esconde el
alma,
un átomo de Dios!

Claudia Lars

San José, C. R. 1930.

pitis diminutio y lo condenan a servidumbre de cuerpo y de espíritu, no tendremos verdaderas escuelas, ni conoceremos el país ni la humanidad que todos anhelamos.

Siento la íntima convicción, y debo declararla, de que así como el pueblo ha ganado en absoluto desde la época de las revoluciones el derecho a instruirse, y por todas partes se infiltra el admirable ideal de Norte América, que consiste en ofrecer a todo ciudadano las mismas posibilidades para el éxito, así llegará un día en que el pueblo se harte de maestros de segunda clase y pida y obtenga, para los de las escuelas en que él ha de educarse, aquella superioridad de formación, suprema garantía de la bondad de la obra.

Como veis, todo me conduce a daros el mismo consejo. Anticipaos al porvenir. Formad superiormente al profesorado de vuestras escuelas. Gastad, gastad en los maestros.

A ellos quisiera dirigir ahora, antes de terminar un especial saludo, por ser ellos la parte de este público con la que tengo, por nuestra común profesión, mayor suma de intereses simpáticos. Y no encuentro en mi repertorio cosa mejor que dedicarles que la última observación pedagógica, la más fresca y lozana que poseo, brotada recientemente al soplo de la realidad y de la vida.

Pocos días hace, viniendo a Bilbao, atormentábame yo buscando lo que podría deciros de más utilidad en esta noche. Abrí al acaso un libro. Era una novela inglesa, que leí de estudiante y había olvidado, y que todos conocéis seguramente: *Los días penosos*. Recorrí los primeros capítulos, y al acabar, sugestionado por el intenso vigor, por el penetrante perfume, por la divina sencillez con que allí se trata el hondo problema de la educación de la realidad ideal y de la fantasía creadora, frente a la educación material de los hechos, me preguntaba si no eran ya excusadas mis preocupaciones; y si lo más sincero, lo más ingenuo, lo más discreto para estimular vuestro interés educador y vuestro pensamiento, no sería leerlos clara y reposadamente aquel poético trozo de Dickens. Tan profunda impresión hizo en mi espíritu.

En el mismo vagón que yo viajaba venía una madre con dos hijos pequeños. Como todos los niños que están sanos, activos, inquietos, ansiosos, anhelantes por descubrir el mundo y metérselo dentro. Disputábanse la ventanilla de continuo para mirar el campo; y la madre, impaciente, los sentaba.

—Pero ¿qué hay que ver, que miráis con tanto afán?—les increpó, violenta.

—Flores—contestó con cándida naturalidad uno de ellos.

Y la madre, entonces, con esa estúpida irritación en que estalla contra lo que le molesta el brutal egoísmo, cuando ya no tiene nada razonable que decir, replicó desabrida:

—¡Flores, flores!... ¿De qué os sirve mirarlas? ¡Si pudierais cogerlas!

Considerad ahora cuántas cosas, inconscientemente, mataba en germen esta pobre madre en sus hijos. La celeste curiosidad, origen de todo saber; el pensar

INDICE

Legenda aut adquirenda



Juan Comas: <i>El sistema de Winnetka en la práctica</i>	€ 3-00
Pablo Krische: <i>El enigma del matriarcado</i>	7-00
Keyserling: <i>El conocimiento creador</i>	10-50
Leopoldo Lugones: <i>Poemas Solariegos</i> ...	4-00
Pedro Prado: <i>Un juez rural</i> . Novela.....	4-00
Martín Luis Guzmán: <i>La sombra del caudillo</i> . Novela	3-50
R. Novoa Santos: <i>Diabetes espuria y Diabetes genuina</i> . (con 50 figuras).....	3-50
Francisco Villanueva: <i>La dictadura militar</i>	3-50
Knut Hamsun: <i>Hambre</i> . Novela.....	3-25
R. W. Emerson: <i>La ley de la vida</i>	4-25
Augusto L. Mayer: <i>El estilo gótico en España</i> . 1 volumen, pasta	15-00
M. Mignet: <i>Franklyn</i>	3-50
Pablo Neruda: <i>El habitante y su esperanza</i> . Novela	3-00
Federico Gana: <i>Cuentos</i>	4-00
Froylán Turcios: <i>Cuentos del Amor y de la Muerte</i>	5-00
H. G. Wells: <i>La llama inmortal</i> . Novela	3-50
Varios: <i>Poetas bucólicos griegos</i> . 1 vol. pasta	4-00
Antenor Orrego: <i>El monólogo eterno</i> (Aforística)	2-00
Juan Valera: <i>Ensayos</i> . (1 volumen, pasta)	4-00
Juan Valera: <i>Juanita La Larga</i> . Novela 1 volumen, pasta	4-00
Boris Pilniak: <i>El año desnudo</i> (Novela).	3-25
Ricardo Tudela: <i>El inquilino de la soledad</i>	4-00
John Reed: <i>Diez días que estremecieron al mundo</i>	3-50

racional, el sano amor a la naturaleza y a lo bello, el noble desinterés, sobre todo; y decidme si no tenía yo motivo para pensar entonces que Julio Simón acierta cuando dice, no recuerdo bien dónde, que todos los niños nacen listos e inteligentes, hasta que entre la madre y el maestro, se encargan de volverlos imbéciles.

De estos dos hechos, el de la novela y el de la madre, se ha engendrado en mi espíritu lo que quiero deciros: que la poesía y la realidad son las fuentes más puras de toda inspiración educadora. Si buscáis orientaciones humanas; si deseáis aprender verdadera ciencia de la educación, observad a vuestro alrededor la vida real, la de todos los días; estudiad a los padres y a los niños; apuntad, comentad, reflexionad sobre los hechos, que ellos os darán la clave de muchos pro-

blemas educativos y la más segura norma de vuestra conducta pedagógica.

Y al mismo tiempo leed los capítulos de Dickens, es decir, leed los grandes poetas, sobre todo los universales y humanos, en prosa y en verso; leed a Homero y Platón, Virgilio y Dante, Shakespeare, Cervantes, Goethe..., y leed también los menores, con tal que sean verdaderos poetas. Porque en ellos, además del celestial goce de la belleza, placer de los placeres, animación y alegría de la vida, encontraréis, para vuestra labor cotidiana, lo que no os darán nunca los libros de texto, ni las definiciones y clasificaciones escolásticas, ni los estériles verbalistas formalismos: la visión nítida, cristalina, al través de la creación poética, llena de luz y vida, de todo lo más alto que se ha ideado, lo más hondo que se ha sentido, lo más noble que se ha ejecutado; es decir, de la misma realidad, otra vez vista por el genio; los frutos más benditos del pensamiento y del amor humanos, estímulos benéficos de vuestra propia actividad, tierras fecundas, donde podréis arrojar, esparcidos del fruto, vuestras íntimas, personales ideas. Sean siempre poesía y realidad el numen inspirador de vuestra obra.

Y ahora, mis últimas palabras vayan, como fueron las primeras, al pueblo de Bilbao.

Con razón se dice, y esta es la impresión también que a mí me ha producido, que ningún otro de la Península recuerda tanto, por su estructura y ambiente, las ciudades norteamericanas. La mayoría funda tal semejanza en la fiebre de intereses materiales, en la abundancia de riqueza, en la energía de la raza, en el carácter agresivo que adquiere la lucha, aun en el tipo de producciones de arte. Yo creo que podría añadirse todavía otra nota, común a ambos pueblos, que no he visto indicada: el interés por la educación popular, la íntima fé en el valor de la enseñanza. Y esto me hace sospechar consoladoramente que allá, en el fondo, debe existir también, aunque a primera vista aún no se descubra, otra analogía más universal y de mayor alcance.

Dos influjos han atravesado desde su

QUIEN HABLA DE LA

Cervecería TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica. Su larga experiencia la coloca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo.

Posee una planta completa: más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO
Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES

CERVEZAS
ESTRELLA, LAGER, SELECTA, DOBLE, PILSENER Y SENCILLA.

REFRESCOS
KOLA, ZARZA, LIMONADA, NARANJADA, GINGER-ALE, CREMA, GRANADINA, KOLA, CHAN, FRESA, DURAZNO Y PERA.

SIROPE
GOMA, LIMÓN, NARANJA, DURAZNO, MENTA, FRAMBUESA, ETC.

Prepara también agua gaseosa de superiores condiciones digestivas
Tiene como especialidad para fiestas sociales la KOLA DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA
SAN JOSÉ — COSTA RICA

origen y continúan regando la vida de la sociedad norteamericana. Uno, el más visible, por lo exterior y extenso, el utilitario; otro, menos aparente, más íntimo y profundo, altamente idealista, el puritano. La fuerza de este último ha venido a templar y a moderar doquiera los ímpetus salvajes del primero. Del utilitario, huelga buscar ejemplos. El idealista, lo encontraréis en los más genuinos representantes de la civilización de Norte América: en Washington y

Jefferson; en Franklin y Lincoln, por lo que hace al gobierno y la política; en Emerson, el moralista; en el amplio y generoso sentido religioso de Channing y Parker; en la íntima, delicada y humana poesía de Longfellow y Lowell.

Yo hago votos, señores, por que en este pueblo, acusado al presente de utilitarismo, no falte tampoco ese espiritual reguero de idealidad que fecunda la vida y es en ella fuente perenne de alegría, de amor y de esperanza.

Manuel B. Cossío

Tablero =1930=

De un amigo perpicaz, y escritor humorístico, residente en los E. E. U. U., son estos graciosísimos fragmentos:

En estos días apareció en el *New York Times* la entrevista que el *Diario de Costa Rica* le hizo a Félix Alvarado Sandoval de Tobosí, quien según se dice tiene 114 años de edad y ha estado sólo una vez enfermo en su vida. Aunque se trata de un caso de longevidad considerable, claro es que no hubiera conseguido tanta publicidad del gran rotativo neoyorquino de no mediar circunstancias que tal vez les interese conocer allí, pues al menos son divertidas.

Es el caso que últimamente se ha recrudecido en los Estados Unidos la cuestión de la ley seca; por la prensa, la tribuna pública, y en las audiencias del comité de la casa de representantes de Washington la reyerta entre *wets* y *drys* ha cobrado un tono de agre-

sividad insólita. Los secos hace unos días publicaron la noticia de que era su intención invitar al turco Zaro Agha, un viejo de 156 años que jamás ha tomado un trago, para enseñar objetivamente lo que el abstencionismo absoluto puede hacer por alargar la vida. El hallazgo del cholito de Tobosí, que ha llegado también a edad bien avanzada, aunque no tanto como la del turco, sin necesidad de sacrificar lo que allá llaman pintorescamente «la tripa guarera» le vino de perlas a los húmedos. Este es el por qué del lugar prominente que mi comprovinciano disfrutó por un día en los periódicos de la metrópoli americana.

El otro día apareció un comentario de un lector del *New York World*, que voy a traducirle:

«La noticia de la venida de Zaro Agha me recuerda un incidente que ocurrió en Estras-

burgo hace 25 años. Una vez el presidente de una sociedad de temperancia encontró a un viejo que parecía robusto y alerta para sus años.—¿Quiere Ud. decirme su edad?, le preguntó el abstenido.—¡Tengo 85 años!—¿Bebe o fuma Ud. a veces?—¡Nunca!—¡Soy el presidente de la sociedad de temperancia y me gustaría mucho que Ud. concurriera a la reunión de esta noche!— ¡De buen grado!, contestó el viejo.

En la reunión el presidente hizo un discurso y al concluir presentó al viejo como un ejemplo de los beneficios de la abstinencia. El viejo, sin embargo, pidió y obtuvo permiso para agregar unas palabras.— ¡Lo que el honorable presidente!, dijo, ¡ha dicho de mí es verdad. Yo jamás he fumado ni siquiera conozco el sabor del licor, pero mi hermano, que es dos años mayor que yo, está siempre borracho y no se le ve nunca sin la pipa en la boca».

Como Ud. ve, en la terrible contienda que se ha establecido con el objeto de modificar la absurda ley responsable del advenimiento de los *bootleggers*, *racketeers* y de tanta desmoralización y escándalos, no faltan notas humorísticas que le saquen a uno una sonrisa en medio de los apretujones y de los afanes de la lucha por la vida, en este rincón de New England fabril y febril y con un clima del diablo que, según Mark Twain, no es clima sino un muestrario de desagradables fenómenos meteorológicos. Por suerte el invierno va ya de vencida y la primavera, una primavera pálida y anémica y vestida tan sucintamente como una de estas Misses, o como la que pintó Sandro Boticelli en paños menores y acompañada de cefirillos mofletados que soplan con furia de fuelles sobre árboles entecos, tanto o más que los de aquí, está en camino.

La Voz

Antes de comenzar el Génesis
lo que había era un gran silencio;
un silencio universal
hecho de divinos acentos:
el hombre conoce este silencio cósmico,
es el de su pensar:
el hombre puede oír su pensamiento.
En el silencio orquestal del caos
la flor y el abismo eran dos cifras hermanas:
el silencio era como una arpa
en cuyas cuerdas de plata
duerme la melodía del mundo
y el poema de la Vida.
El silencio era como la presencia de Dios.
Dios no hizo esta cosa profunda
como un acto de voluntad.
El silencio no fue sino una afirmación
de la divinidad.
Pero todo lo que es de Dios es fecundo
puesto que Dios es existencia.
La flor de su esencia:
ella no engendra su perfume;
el perfume es ella misma.
El silencio es el perfume de la eternidad.
El silencio es la sensación del Infinito;
Dios, suprema sabiduría,
sabe que esto es verdad.
Dios puede decir: soy Infinito o Silencio.

Él quiso fecundar el Silencio:
el silencio es materno;
es vientre;
es seno;
es ánfora de la Vida.
Pensad y veréis cómo se puebla
de sombras el silencio denso
en vuestro interior.
Entonces fue cuando Dios quiso
que el *Verbo* existiera.
El verbo es la forma; el silencio es la sustancia
Cada vez que Dios habla
el Silencio se estremece de anhelo.
Crear.
Dios va a pulsar el arpa mirífica;
Dios va a decir los inmensos poemas
de la Creación.
Dios va a decir la palabra Luz;
la palabra Sombra,
la palabra estrella,
la palabra onda,
la palabra flor.
Dios va a decir la solemne palabra:
Hombre.
El hombre es hermano del firmamento y del mar
pero él completa lo que a cada uno de estos falta.
El hombre es como el luminoso silencio del firmamento
y es musical como la onda:
por eso el hombre es semejante a la divinidad.

Rómulo Tovar

San José Costa Rica
Mayo, 1930.

Una actitud ejemplar

Lima, abril 8 de 1930.

Sr. don
Joaquín García Monge,
Director de *Repertorio Americano*.
San José, Costa Rica.

Distinguido colega:

Quiero insinuar desde su semanario la conveniencia de que las Casas Editoras y los Autores de libros, donen un número voluntario de ejemplares para ayudar con el producto de su venta, al sostenimiento de *Repertorio Americano*, cuya vida y crecimiento debe interesar primordialmente a los escritores hispanoamericanos.

La verdad es que ningún órgano doctrinario libre vive holgadamente en nuestra América. Los escritores leen de prestado u obsequiado y los Agentes (muy pocos son cumplidos y buenos) se encargan de dar muerte a toda iniciativa generosa. Allí está para comprobarlo, *Cuba Contemporánea* de Habana; *Universidad* de Bogotá que suspende su publicación; *La Pluma* de Montevideo; *Sagitario*, *Valoraciones* de Buenos Aires y *La Plata*; todos han desaparecido pese a su alto grado culturizador. Si alguna vive como *Nosotros* de Buenos Aires por más de veinte años, es por la subvención fiscal. Allí está *América* de Río de Janeiro: todas ellas magníficas revistas que desgraciadamente han caído en el ambiente aplastador de las urbes que se precian de civilizadas; allí está *América* de Quito, que lleva una vida intermitente y difícil; *Mañana* de Quito. *La Sierra* misma con todo el impulso y difusión en el Perú y América, no logra tener una vida segura y una salida exacta, por las dificultades económicas que sobrepasan todo cálculo y toda precaución.

Sinpreciarme de adivino, aseguro que *Repertorio Americano* pese a sus ¡DIEZ AÑOS de vida cumplidos!, no cuenta con una economía suficiente para atender sus gastos (1).

Esta desgracia de la realidad americana, me sugiere la idea de insinuar a autores y editores, la donación de algunos ejemplares para *Repertorio Americano*.

Me place mucho insinuar donación de esa especie, con el ejemplo. Sírvase aceptar como una modesta contribución de la Editorial *Revista La Sierra*, cinco ejemplares del libro, *Filosofía del Supracionalismo*, cuyo producto dedicará al sostenimiento de su *Repertorio*.

Le saluda muy cordialmente su compañero y S. S.

J. Guillermo Guevara

La estimación y el apoyo de afuera

...he decidido enviarle los 12 ejemplares (2) que desea para la venta (conviniendo en el precio de un dólar cada uno), más otros seis que tengo el gusto de ofrecerle personalmente como un obsequio para *Repertorio*.

Agradezco y estimo en mucho las referencias que usted haga en su excelente revista de mi libro, así como su benévolo propósito de darlo a conocer suficientemente en Costa Rica—propósito de antemano logrado, tratándose de usted y de *Repertorio Americano*, sin duda la mejor publicación difundidora, de

calidad valiosa, que tenemos hoy en América, pero que, por un fenómeno singular, se publica en Centro América por un centroamericano.

Carlos Wyld Ospina

La simpatía y el aprecio de los grandes viejos

Señor don J. García Monge:

San José de Costa Rica.

Mi nunca olvidado amigo:

Su *Repertorio* me habla de Ud. y de todo lo importante de nuestra América. Siempre es bien venida su visita.

En el número de 12 del corriente he leído el segundo de los artículos que dedica a Cuba el señor Pérez Amunátegui. Este viril escritor hace mención de mí con tal encomio, que me ha conmovido. No podría permanecer en silencio; y como no sé la dirección suya, ruego a Ud., amigo mío, que le haga presentes mis gracias más cordiales. Gran recompensa reciben mis esfuerzos, cuando los veo recordados de esa suerte.

Soy siempre su antiguo amigo y muy servidor

Enrique José Varona

Habana, 27 de Abril, 1930.

... Su *Repertorio* ha sido durante mi destierro uno de mis lazos con el mundo de lengua española.

Ediciones del Convivio y del Rep. Am. a \$ 0.50 cada título. Para el exterior: \$ 0.15 oro am.

Almafuerte: *El Misionero*.
Aramburu: y Machado, Mariano: *Discursos*.
Bernal, Emilia: *Como los pájaros!*
Bolívar: *Discurso en el Congreso de Angostura*.
Bonnefon, J. de: *El Cantar de los Cantares que trata de Salomón*.
Brenes Mesén, Roberto: *El misticismo como instrumento de investigación de la verdad*.
Chacón y Calvo, J. M.: *Ensayos sentimentales*.
Díez-Canedo, Enrique: *Sala de Retratos*.
Escobar, José Ignacio: *Escritos*.
Gerald, Paul: *Tú y Yo*.
Gibran, Kahlil: *El loco*.
Gamboa, Isaias: *Flores de Otoño*.
Guido y Spano, Carlos: *Poesías*.
Herodoto: *Narraciones*.
Hispano, Cornelio: *Cesarismo teocrático*.
Hispano, Cornelio: *Bolívar*.
Ivanovitch, Dmitri: *La ventana y otros poemas*.
Leopardi, Giacomo: *Parini*.
López de Mesa, Luis: *Orientación ideológica*.
López de Mesa, Luis: *Tola*.
Lugones, Leopoldo: *Elogio de Leonardo*.
Magallanes Moure, M.: *Florilegio*.
Martí, José: *Versos*.
Masferrer, Alberto: *La religión universal*.
Masferrer, Alberto: *Una vida en el cine*.
Masferrer, Alberto: *Ensayo sobre el Destino*.
Moreno Villa, José: *Florilegio*.
Olivares, José: *Poesías*.
Onís, Federico de: *Disciplina y rebeldía*.
d'Ors, Eugenio: *De la amistad y del diálogo*.
Pacheco, Napoleón: *Personalidad literaria de Ventura García Calderón*.
Pérez, Enrique: *Artículos y Discursos*.
Renán, Ernesto: *Páginas escogidas*. (Dos cuadernos).
Renán Ernesto: *Emma Kosilis*.
Roig de Leuchsenring, Emilio: *El caballero que ha perdido su señora*.
Santillana, Marques de: *Serranillas y Cantares*.
Savitri: Un episodio del Mahabárata.
Tagore, Rabindranath: *El Jardinero de Amor*.
Torres Rioseco, Arturo: *Poetas norteamericanos I.—Walt Whitman*.
Torres Rioseco, Arturo: *En el encantamiento*.
Torri, Julio: *Ensayos y Fantasías*.
Tovar, Rómulo: *De Atenas y de la Filosofía*.
Ureta, Alberto J.: *Florilegio*.
Valdés Roig, Ciana: *La fuente sonora*.
Valle, Raf. Heliodoro: *El rosal del ermitaño*.
Varona, E. J.: *Emerson*.
Varona, R. J.: *Lecturas*.
Vasconcelos, José: *Artículos*.
Vaz Ferreira, Carlos: *Reacciones*.
Velázquez, Samuel: *Madre*.

Giro bancario sobre Nueva York.
Dirijase al Adm. del *Rep. Am.*—Correos:
Letra X. San José de Costa Rica.

... Vuelvo a darle las gracias por la fruición que me procura con su *Repertorio* y ya sabe cuán su amigo, de nuevo en Salamanca, es

Miguel de Unamuno

(Fragmentos de carta al editor del *Rep. Am.*)

Quisiera dos estatuas: en su conciencia y en el corazón del pueblo

Medellín, 19.

Leo en la prensa y en telegramas que me llegan, que se ha pensado en erigirme algunos monumentos como tributo de la gratitud nacional por los servicios que he prestado a la causa de la república, representada por la elección presidencial del doctor Enrique Olaya Herrera. La sola y sencilla enunciación de esos proyectos es suficiente para confundirme y anonadarme. Hablar de mi hondo y eterno reconocimiento por tal homenaje, y lo inmerecido de él, sobraría por obvio. Mas debo declarar con franqueza que nunca he aspirado a que se me levanten bustos ni estatuas ni en vida ni en muerte. Ruego y, si me fuere permitido, exijo que se prescinda de los abrumadores proyectos y me permito indicar que los fondos que se recojan en esa capital, tan generosa para mí, se destinen a fundar o mejorar una sala de las instituciones benéficas que allá existen y que esté destinada especialmente a favorecer el pueblo desvalido de Bogotá. Si a esa sala se le da mi nombre, mis aspiraciones quedarían colmadas y mi gratitud sería completa. Para que se vea que no carezco de ambición, declaro que he aspirado a dos estatuas mías: una ante mi conciencia, y esa está erigida, y otra en el corazón de mis conciudadanos, que me empeño en merecer.

C. E. Restrepo

(El Tiempo, Bogotá.)

La visita de Vasconcelos

Invitado por *El Tiempo*, de cuya casa será huésped mientras permanezca en Colombia, el licenciado José Vasconcelos tocará mañana tierra colombiana con rumbo a esta ciudad. Vasconcelos dictará aquí una serie de conferencias relacionadas con la educación y la cultura y estamos seguros de que ellas suscitarán el más vivo interés y entusiasmo tanto en las clases universitarias como en todos los grupos de intelectuales.

Debemos mirar como un feliz y fértil suceso la visita que el eminente reformador mexicano, ha de hacernos en estos días en que el país, abandonando viejas fórmulas de política y de administración, necesita de orientaciones precisas, especialmente en el ramo de su educación e instrucción.

Sería innecesario hacer el elogio de Vasconcelos como un profesor de idealismo y como una de las conciencias continentales más vivas y fecundamente encendidas. De él puede decirse lo que se decía de Unamuno mientras purgaba en el exilio sus rebeldías ante la dictadura: que representa su patria en todo cuanto ella tiene de mejor, de más puro, de más noble y de más vigoroso. Pero Vasconcelos no es solamente una gloria de México, sino una de las más excelsas figuras de la América india, uno de aquellos hombres que encarnan la raza y la alumbran con su corazón y su pensamiento.

Vasconcelos ha sido vencido en su patria por la política como han sido vencidos por ella tantos y tan altos exponentes del idealismo, pero desde ahora adelantamos que su

(1) Así es, dura realidad! Hay déficit.—g.m.

(2) Del interesantísimo libro: *El autócrata*. Ensayo político-social.

viaje por este país, que él ha amado con devoción sincera, no obedece a campaña partidista de ninguna especie. Vasconcelos quiere hablar a la juventud de Colombia, conocer de cerca sus ideas, sus sentimientos, sus preocupaciones, estudiar sus itinerarios ideológicos y darle, como fruto de su experiencia, fórmulas y consejos que de seguro presentan una gran riqueza.

Bogotá está para vivir una temporada de saturación intelectual intensísima con la llegada del maestro mexicano. No es posible que sus conferencias apenas susciten la cortés beligerancia del público y estamos seguros que ellas provocarán fricciones de ideas y de críticas saludables para el profesor y sus alumnos.

Anunciamos así, como un suceso venturoso para la juventud universitaria de Bogotá y en general de todos los núcleos de pensamiento y de creación artística, la visita—tántas veces esperada y tántas irrealizada—del Licenciado José Vasconcelos.

Él será huésped de honor de este país, sin decretos oficiales; ha sido para todos pueblos de la América Ibero, uno de sus espíritus rectores.

(El Tiempo, Bogotá.)

Como aún faltan **¢ 1,400** para cubrir el costo de la casa comprada a la viuda e hijos de Omar Dengo, y como aún llegan nuevas cuotas, abrimos otra lista y seguiremos recojiéndolas.

Vienen..... **¢ 501.00**

M. Canales (Por una Oda y Cuentos del Amor y de la Muerte). **7.00**
Escuela Normal (Por un ejemplar de Cuentos del Amor y de la Muerte). **5.00**
¢ 513.00

La adhesión de los jóvenes

Heredia Abril de 1930.

Señor don
Joaquín García Monge.
San José.

Muy estimado señor García:

Los muchachos del Centro Ariel, deudores de Ud. por la gran dádiva de civismo y cultura que su noble Repertorio trae a nuestros convivios familiares, le estrechamos cordialmente la mano en testimonio de admiración a su labor digna, consagrada a recoger las nobles inquietudes de América Latina.

Su actuación de hombre culto, libre y virtuoso, lo hace destacar a Ud. entre los maestros puros de América, y si a su altura llega la injusta opinión de los mal informados o malévolos, es que se cumple en usted el destino de los que se dedican al servicio generoso de los altos intereses del espíritu.

Esta juventud le alienta a seguir en su trabajo ejemplar y se coloca a su lado.

Carlos Luis Sáenz, Alberto Bolaños, Adela de Sáenz, Angela Soto A., Ada Moya R., M. Salas M., A. Guevara Centeno, F. Amighetti, Ninfa Santos M., Emma Gamboa, Clodio Vargas F., Isberto Montenegro R., María López R., Bolívar Moya M., Hilda Bolaños M. ... y más, más jóvenes... que no han puesto aquí su nombre, pero que inspirados en el mismo sentimiento se adhieren a esta manifestación.

La jornada de Cossío...

(Viene de la página 299)

introducción el pensamiento de este libro, su composición y el impulso cordial que lo ha creado.

«Contiene—dicen los colectores—fragmentos de trabajos viejos, nuevos, variados, dispersos y que probablemente nunca hubiera él reunido; huellas de su andar espiritual durante medio siglo. Por la agrupación en que aparecen tal vez ofrezcan a la vista del lector, aunque en esbozo, un vago conjunto de la vida del maestro. Y si con ellos se logra acusar—siquiera débilmente—el noble perfil de una vida entregada con entusiasta abandono al estudio de los problemas educativos y artísticos y al servicio de toda noble actividad humana, este libro cumple ampliamente su propósito.

«Lo que por ahora queda en la intimidad de sus discípulos es el constante regalo que a diario y en todas las etapas del camino les guía este generoso y alto amigo que, respondiendo al retrato del poeta, convive entre ellos, «vibrante de una pieza, como la espada desnuda del guardián caído en la Resurrección de Cristo, de el Greco».

Es el libro una breve y sustanciosa antología de los trabajos de Cossío, un bien elegido ramillete de flores de su huerto espiritual, que los discípulos le presentan como parte del don y la lección que de él han recibido, pues lección aprovechada hay en el excelente escogimiento de estos trozos selectos. Allí están, entre otras páginas que releo con placer, el prólogo al libro póstumo de D. Francisco, *Ensayos sobre la educación*; «Este es un libro de paz»; el bello ofrecimiento del homenaje a los poetas Manuel y Antonio Machado; *Los problemas contemporáneos de la ciencia de la educación*, primera lección en la Escuela de Estudios Superiores del Ateneo; *La libertad de conciencia*, ponencia presentada en la Asamblea Nacional de la Liga de los Derechos del Hombre en 1923, y las magistrales páginas

sobre la pintura española y *El entierro del Conde de Orgaz*, sacadas, respectivamente, de la *Historia de la pintura española* y del libro capital de Cossío acerca de el Greco.

En cinco grupos, que señalan aspectos y ámbitos diferentes de la fecunda actividad docente—en el más amplio sentido de la docencia—de este gran educador español, se distribuyen los trabajos reunidos en la antología: «I.—En la Institución Libre de Enseñanza». «II.—En el Museo Pedagógico Nacional». «III.—En el Ateneo, la Universidad y el Consejo de Instrucción Pública». «IV.—En la acción social difusa». «V.—En la historia, la crítica y las excursiones de arte». La jornada del maestro (el libro se titula *Cossío. Su jornada*) ha sido plena y luminosa en esos diversos campos y palestras en que desarrolló su inteligente y generoso esfuerzo.

Estos escritos, tan discretamente entresacados y reunidos, no sólo ofrecen al lector nobles ideas, sazonados frutos de cultura y el agrado de la forma, pues Cossío es un escritor de raza. Le brindan también, por el recuerdo de la vida de que son reflejo, un ejemplo alentador entre tantos desmoralizadores y depresivos con que disgusta el ánimo el espectáculo de nuestra sociedad.

Como D. Francisco Giner, el maestro inolvidable, Cossío, su discípulo y continuador, ha conseguido una gran autoridad moral y una positiva influencia en la vida española. Estos hombres, alejados del poder, del influjo oficial y de las ambiciones políticas, rodeados a veces de una sorda y mezquina hostilidad, guiados en su conducta pública y privada por una austeridad, un desinterés y una delicadeza raros, sin otra fuerza que la de su inteligencia, su saber y su voluntad perseverante, han hecho fructificar el áspero terruño, han hecho su jornada, dándonos entre tantas explícitas lecciones la tácita lección del poder del espíritu aun en medios y tiempos difíciles.

E. Gómez de Baquero

JOHN M. KEITH & Co., Inc.

SAN JOSÉ, COSTA RICA

AGENTES Y REPRESENTANTES DE CASAS EXTRANJERAS

Cajas Registradoras "National"

The National Cash Register Co.

Máquinas de Contabilidad "Burroughs"

Burroughs Adding Machine Co.

Máquinas de Escribir "Royal"

Royal Typewriter Co., Inc.

Muebles de Acero y Equipo para Oficinas

Globe Wernicke Co.

Implementos de Goma

United States Rubber Co.

Maquinaria en General

James M. Montley, New York

JOHN M. KEITH
Socio Gerente

RAMÓN RAMÍREZ A.
Socio Gerente

Imp. Alsina (Sauter, Arias & Co.) San José, Costa Rica.